



ALIMENTACIÓN Y VIDA
EN EL CAOS CLIMÁTICO

LA DIMENSIÓN AFECTIVA DE LA
PÉRDIDA Y DE LA POSIBILIDAD

LA GENTRIFICACIÓN EN EL MEDIO RURAL

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

NÚM.52 PRIMAVERA 2025

La revista es un espacio colectivo integrado por:

- Antropologies de les Crisís i les Transformacions Contemporànies – CRITS - UB
- Amigos de la Tierra
- Arran de Terra SCCL
- ASDECOBA
- Asociación Ábrego
- Asociación El Colletero
- Biela y Tierra
- Campo Adentro
- Cátedra de Agroecología, Universidad de Vic
- CERAI
- Colectivo Lantxurda Taldea
- Colectivo Memoria Viva de los Pueblos
- Colla Ecologista La Carrasca-Ecologistes en Acció
- Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- Cooperativa Germinando
- Coordinación Baladre
- Cyclos S. Coop. Mad.
- Ecocentral
- Ecologistas en Acción
- El enjambre sin reina
- Entrepueblos
- Enxeñería Sen Fronteiras Galiza
- Extiercol
- La Casa Azul
- La Fàbrica, SCCL
- La Fertilidad de la Tierra
- La Plasita
- L'Economat Social SCCL
- Fundación Betiko
- Fundación Entretantos
- Fundació Novessendes
- Garúa
- GRAIN
- Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB)
- Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. UVigo
- Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- Justicia Alimentaria Global
- Les Refardes SCCL
- Lonxanet
- La Magrana Vallesana
- Landare
- Menjadors ecològics
- Mugarik Gabe Nafarroa
- Mundubat
- Observatorio para una Cultura del Territorio
- Olistis, SCCL
- OSALA
- Postgrau de Dinamització Local Agroecològica
- Red Agroecológica de Lavapiés
- ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- Red de Semillas
- Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- Sindicato Labrego Galego
- Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- Xarxa Agroecològica d'Alcoi
- Varagaña

PORTADA

Cris Mencía (Avilés, 1987) es una ilustradora inquieta: estudió en la Escuela de Arte de Oviedo, compaginó su trabajo durante años con el de diseñadora web y, en la actualidad, con el de documentalista. Su obra se centra, sobre todo, en cartelería y prensa, con alguna incursión en la ilustración infantil. Siempre con las manos manchadas y rodeada de libros, participa en la Asociación Agroecológica Libélula, es guardiana de semillas en el colectivo Biltar, dedicado a recuperar y reproducir variedades de semillas libres en el entorno asturiano, y cuida de una huerta familiar.

<https://www.krismencia.com>

MATERIAL GRÁFICO

Tamara Sánchez: Narradora visual y militante social. Su trabajo siempre ha estado marcado por la necesidad de conectar con las personas, visibilizar historias y contribuir a transformar la realidad desde la fotografía. Las fotos cedidas forman parte del fotolibro *Día 1 El tiempo detenido en la dana*, editado por Zambra-Baladre. Todos los beneficios se destinarán a la Koordinadora del Parke Alcosa, Alfafar, Valencia. Más información y apoyos en la campaña de goteo El "Parke": una comunidad intergeneracional.

AGRADECIMIENTOS

Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarlo tal y como ha quedado: Plataforma Pobles Vius, FiloPueblos, Ana Felicien, Manolo Bayona, Marta Feliu, Mar Cabanes, Marta Maicas, Cecilia García y Miriam García.



Escucha el podcast del programa de radio *Toma la tierra* sobre este número de la revista:



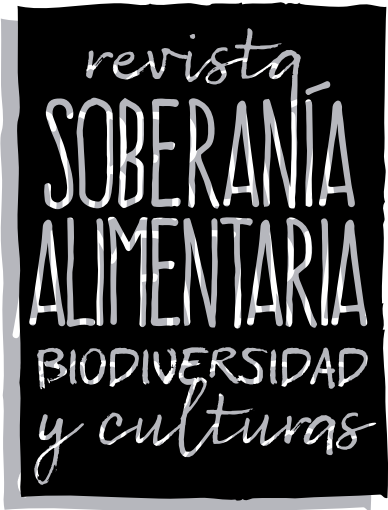
ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO DE:



Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios, así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.



Tipografías utilizadas en esta revista: Caecilia LT, Roboto, Sabbatical y Frente H1



NÚM.52 # PRIMAVERA 2025

COMITÉ EDITORIAL
Jeromo Aguado
Marta Rivera
Aitor Urkiola
Paul Nicholson
Isabel Vara Sánchez
Uxi D. Ibarlucea
Enrique González
Laia Batalla-Carrera
Héctor Castrillejo
Sergio S. Taboada
Marta Soler
Violeta Aguado
Irene García Rocas
Leticia Toledo
Agustí Corominas
Henk Hobbelink
Cristóbal González
Pau Agost Andreu
Amal El Mohammadiane Tarbift
Paula Durán

EDITA



El Pa Sencer SCCL:
Patricia Dopazo
Gustavo Duch
Carles Soler
Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

PÓDCAST

Stéphanie Chiron

DIRECCIÓN POSTAL

Carrer Casanova, 118-120, 1er B, escala dreta
08036 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO
INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Depósito Legal B-13957-2010
ISSN 2013-7567

- [revistasoberaniaalimentaria](#)
- [@revistaSABC](#)
- [RevistaSoberaniaAlimentaria](#)
- [revistasoberaniaalimentaria](#)
- [@revistaSABC](#)

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación de información, debate y reflexión sobre nuestro **vínculo político con la tierra y la alimentación**. Una revista de **pensamiento crítico** que ofrece una perspectiva amplia, abierta y afectable que quiere ayudar a imaginar y construir realidades sociales y económicas radicalmente emancipadoras.

EDITORIAL

Alimentación y vida en el caos climático 4

AMASANDO LA REALIDAD

Invertir la narrativa ecologista
Juan Bordera..... 6

Suturar la herida climática
Isabel Hernández Suárez..... 9

Divagaciones sobre vivienda rural y refugio climático
Verónica Sánchez Martino 13

El cansancio ontológico
Desirée Martos Cañete y Hugo Rodríguez Braga 16

La alimentación en manos del pueblo
Patricia Dopazo Gallego 19

Cuidar la esencia del pueblo por los caminos de agua
Jaume Puchalt..... 23

ASDECOBA. Lo comunitario como refugio
Isa Álvarez Vispo 26

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Conversatorio. «Mi esperanza es que la agricultura campesina sí tenga respuestas»
Revista SABC 33

EN PIE DE ESPIGA

Bioeconomía, biogás, ¿qué tienen de "bio"?
José Ramón Olarrieta 39

Destellos de soberanía alimentaria
Samuel Ortiz Pérez 43

VISITAS DE CAMPO

Ecopipa. El refugio que buscan las semillas en Padilla de Arriba
María Herrero 45

El Salvador. Incertidumbres políticas y climáticas.
Gustavo Duch 49

PALABRA DE CAMPO

Serrana Cuir
La Gavella Colectiva Autogestionada 52

Un modelo que atraviesa vidas. Reseña de *Memorias Ahogadas*
Eduarne Bagué..... 55

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras 57

Semillas de resistencia campesina
Dora Cabaleiro 58

Alimentación y vida en el caos climático

4 Cada pueblo tiene sus caminos de agua. Fueron esos caminos, en muchos casos, los que condicionaron la ubicación de los pueblos en su origen y también su actividad principal y, seguramente, su personalidad. Fuentes, cauces, costas, humedales... A partir de ahí, los fuimos moldeando, antes o después, mejor o peor. Acequias, presas, embotelladoras, puertos. Y llegamos aquí.

Hoy, vivimos en un clima dañado por algunas de estas intervenciones, en el agua, en la tierra, en la materia orgánica o en la mineral. Estas alteraciones nos afectan a su vez de manera directa, en ocasiones de forma sutil pero persistente y en otras de forma repentina y violenta. ¿Cómo es la vida en el caos climático? ¿Qué nuevos cambios va a sufrir el mundo rural? ¿Y la alimentación?

Ruth no encuentra pasto para sus cabras donde antes había. Águeda observa nuevas especies en las redes de arrastre de los barcos donde trabaja. Sergi está sustituyendo los frutos de hueso por higueras. La huerta de Uxía ahora sufre plagas con ciclos que duran todo el año. Los cambios en el clima atraviesan las vidas y los procesos vivos, en cadena. La gente de los pueblos del norte de la península tiene muy complicado acceder a la vivienda debido a la llegada de personas de zonas más calurosas que compran casas para pasar sus vacaciones y hacen que suban los precios y cambie la economía local. «Olvidamos que esa casa es un nudo dentro de un entramado y que está pensada para formar parte de él, para alimentar y dar cobijo a

una comunidad, para que el ciclo de la vida no se agote», dice Livi en su artículo.

Las preguntas que también nos gustaría responder son sobre cómo nos adaptaremos. Siempre hemos escuchado hablar de la capacidad de las variedades vegetales y razas ganaderas tradicionales para habituarse y resistir mejor determinadas condiciones extremas y cambiantes. Estas variedades no encajan en la alimentación globalizada, pero en una situación de caos climático lo que no encaja es esa alimentación. Recuperar los platos y productos de cada territorio y sus temporadas, reconstruir los canales de venta de proximidad y generar autonomía respecto a las tecnologías e insumos es lo que puede proporcionarnos resiliencia. Así han hecho en el plan Pueblo a Pueblo de Venezuela, pero mucho más cerca también encontramos experiencias como la de ASDECOBA o Ecopipa. En todas ellas hay un elemento imprescindible: la organización comunitaria.

Isabel ha estudiado en profundidad el caso de quienes fueron obligadas a abandonar sus casas en Riaño y otros pueblos vecinos, que se inundaron y quedaron bajo las aguas del embalse. «La vida después de la muerte del Viejo Riaño o la resistencia tras la devastadora dana de Valencia demuestran que el resurgir se sostiene en compañía, en la unión y el caminar acompasado de unos cuerpos singulares que confluyen en la capacidad de auto-comienzo». Como la misma agua que primero es gota, después río, mar, océano, tempestad y otra vez gota. ●



Un grupo de niñas reparten comida y bienes básicos en la puerta de su casa en Massanassa.
Foto: Tamara Sánchez

Juan Bordera

Invertir la narrativa ecologista

En los últimos dos años he tenido la suerte de recorrer muchas ciudades y pueblos de España para presentar algún libro o dar una charla sobre decrecimiento, crisis climática, energética o, más recientemente —ya no tan a gusto—, sobre la fatídica dana del 29 de octubre de 2024 que arrasó la periferia valenciana. Y, si hay una pregunta que siempre, siempre, sale, es: vale, esto es muy grave, pero... ¿qué puedo hacer yo?

Es normal que sea lo primero que nos preguntemos, pero a la vez nos indica una debilidad que compartimos la gran mayoría. Pensar en términos individuales una transformación que nos sobrepasa es casi instintivo, pero no parece una buena estrategia. ¿Cómo vamos a cambiar un sistema con nuestros solitarios actos si ese sistema se nutre precisamente de esa mentalidad individualista?

Culpas y responsabilidades

No eres tú y, en el fondo, probablemente lo sepas. Es más bien qué podemos hacer nosotros y nosotras. Qué podemos hacer como sociedad civil organizada, como movimientos sociales, como cooperativas, como grupos que practican la desobediencia civil, etc. Lo que nos ha hecho evolucionar es nuestra capacidad de cooperación, aunque, a la vista de los resultados, sigue siendo el gran reto. Necesitamos hacerlo mejor.

Quizá uno de los mayores éxitos del capitalismo ha sido fomentar esa mentalidad que le pasa al individuo la responsabilidad de una situación que tiene mucho más que ver con un sistema de producción muy concreto. Si reciclas, si votas bien, si no comes carne ni viajas en avión..., es decir, si haces «lo que hay que hacer», pues ya está. Sirve hasta como válvula de escape. Y, por supuesto, sirve como tapadera.

¿Por qué si no iba British Petroleum (ahora Beyond Petroleum en su enésimo intento de *greenwashing*) a fomentar la campaña mediática de la huella de consumo personal?

A principios de los años 2000, una vez asegurada la caída de cierto muro que hacía —como

mínimo— de contención frente al neoliberalismo desenfrenado, BP presentó la «calculadora de huella de carbono personal». Desde ahí, con ese gran invento, podíamos calcular nuestro impacto y echarnos las culpas y responsabilidades unos a otros. Qué conveniente para BP y para las otras grandes petroleras (y empresas multinacionales, fondos de inversión...) que son responsables de una parte considerablemente más grande.

Las críticas que ha recibido tanto BP como su iniciativa no han sido obstáculo para que esta haya sido todo un éxito. Muchas organizaciones, hasta del ámbito más activista, han comprado su relato y agencias de gran impacto, como la Agencia de Protección Ambiental de Estados Unidos, crearon sus propias calculadoras de huella de carbono, fomentando esta idea tan perniciosa para el cambio colectivo que realmente necesitamos.

Porque, ojo, aquí nadie está diciendo que las acciones individuales no sumen, no sean necesarias, no haya que hacerlas para dar ejemplo y, hasta por coherencia personal, al revés, viva la apología de las «acciones individuales»; pero que no conformen el marco de la transformación que necesitamos, por favor, porque entonces estamos perdidos.

Hacia un sujeto político transformador

El calentamiento global se está desbocando. Acelerada y peligrosamente. Cerca de un punto de irreversibilidad, en el mejor de los casos. No me extenderé mucho en esto porque es muy evidente para cualquiera al que no le guste mentirse o no le hayan lavado bien el cerebro.



Coche enterrado en el barro en el barranco del Poyo, Paiporta.
Foto: Tamara Sánchez

Si esa es la situación que tenemos, de caos climático creciente, que pone en juego hasta la estabilidad de las estaciones y de las cosechas, hasta de la propia vida en la Tierra, según la gran mayoría de las mejores voces científicas vivas que tenemos, y además le sumamos que los recursos energéticos y materiales críticos muestran cada vez más que el siglo XXI es el de los límites, el del choque contra esos límites del crecimiento del que nos advertía ya hace cincuenta años la ciencia, pues aún es más peligrosa esa narrativa que lo fía todo a la acción individual.

No hay tiempo para que sea la educación la que nos salve, la siguiente generación o nuestras acciones de consumo. Ya me gustaría, pero no.

Poner de acuerdo con la termodinámica y los límites planetarios a los distintos individuos de un país o del mundo entero, confiar en que cambien su comportamiento, va a ser un proceso algo más difícil que lograr legislar para cambiar el comportamiento de unas pocas empresas. Ese es el truco de BP. Pasándole la responsabilidad al consumidor cubre sus propias vergüenzas y se inmuniza. Si el responsable es tu vecino que come carne, BP se libra. Si la responsable es tu prima, la que se va una vez al año de viaje en avión, Blackrock se libra. Seguro que me vais pillando. Tenemos que invertir esa narrativa. Que

no nos enfrenten más de lo que ya nos enfrentamos de manera natural.

Aquí de lo que se trataría es de entender que los actos de renuncia individual, aunque necesarios, son insuficientes a todas luces. Y que los actos para generar un sujeto político capaz de transformar de verdad las cosas son los que más necesitamos. Y no es una disyuntiva. No hay que elegir. Pero sí hay que priorizar y contextualizar. Muchas veces, además, los cambios individuales tienen un componente de clase muy perverso.

¿Quién puede comprarse un coche eléctrico? ¿A quién estamos financiando con dinero público para que se ponga placas en SU TECHO? ¿Quién tiene la educación para llegar siquiera a acceder a la información de dónde y qué comprar conscientemente? En gran parte, los que ya eran algo privilegiados de antemano. Si no, dime a quién le llega para tener una vivienda en propiedad en la que poner placas en SU TECHO en una ciudad, que es donde vive la mayoría de la gente.

La cosa se complica. O se vuelve, en realidad, mucho más sencilla.

El ecofascismo se nutre de la mentira del capitalismo verde

Uno de los fenómenos más preocupantes en los últimos años es la instrumentalización del



Interior de uno de los tantos coches depositados en los cementerios de vehículos improvisados por diferentes puntos de las zonas afectadas.

Foto: Tamara Sánchez

discurso climático por parte de la extrema derecha. La crisis ambiental o de recursos se presenta como una justificación para cerrar fronteras, criminalizar migrantes o agravar la situación de los más vulnerables.

«Make America great again» o «Los españoles primero» son algunas de las primeras manifestaciones de un fenómeno que va a ir en aumento si no se cambia de narrativa. En lugar de cuestionar el modelo capitalista, el ecofascismo ofrece una solución simplista que mucha gente sin tiempo ni información acaba comprando: la culpa es del otro. La misma respuesta que nos ofrece BP pero teñida de una capa de odio al pobre y al diferente.

Paralelamente al auge del ecofascismo, el capitalismo verde triunfa como la respuesta preferida de gobiernos y corporaciones a la crisis climática. Bajo este modelo, se promueve la idea de que es posible mantener el crecimiento económico infinito mientras se reduce el impacto ambiental a través de tecnologías «limpias», avances en la innovación que nunca llegan y mercados de carbono que no funcionan.

Una posición que no solo es falsa, sino que también perpetúa las desigualdades globales mientras ignora que la cuadratura del círculo es imposible. No se puede seguir creciendo sin agravar los problemas que el mismo modelo de crecimiento ha creado. Y el crecimiento de la extrema derecha bebe de la mentira que esconde ese

mismo modelo imposible de crecimiento pretendidamente perpetuo.

Cambiar de hábitos de consumo, renunciar a ciertos privilegios... carece de perspectiva sistémica: para muchas personas en el mundo, especialmente en el sur global —sin olvidar que hay bolsillos del sur en el norte y viceversa—, es simple y llanamente imposible. La «renuncia» no es una opción.

Solo con alternativas realmente transformadoras y asumiendo el reto de la organización

colectiva podremos llegar a, como mínimo —quizá sea ya la mejor opción disponible—, adaptarnos mejor a un cambio que no es que vaya a llegar, es que ya está aquí: el decrecimiento, entendido no como una mera reducción del PIB, sino como una reorganización radical de la economía. Habrá sectores, como el de la agricultura ecológica o la sanidad, que igual deberán crecer. Habrá países que también tendrán que hacerlo. Necesitamos políticas que aseguren sectores clave y garanticen el acceso universal a derechos básicos como la salud, la educación, la alimentación y la energía. Cambios estructurales que tienen que apostar necesariamente por políticas de redistribución de la riqueza. Aunque la desigualdad esté creciendo, esa tendencia puede cambiar muy rápido.

Los cambios que tenemos que lograr en poco tiempo tienen que apuntar también hacia la democratización y hacia la relocalización de una parte de la toma de decisiones. Recientemente estoy viendo más nítidamente que nunca cómo «funcionan» las cosas desde dentro. Aún me reafirmo más en mi posición de que necesitamos apostar por formatos que hibriden la participación ciudadana y la voz de la mejor ciencia disponible. La forma de hacer política debe cambiar. Y ese tipo de cambios, no los vamos a lograr con nuestros actos individuales. ●

Juan Bordera

Periodista y activista



La espadaña de la iglesia de San Martín es el único resto del pueblo de Láncara que asoma sobre la superficie del embalse de Barrios de Luna.

Foto: Isabel Hernández

La propuesta de estas líneas es señalar que en las experiencias límite de profunda negatividad, tales como la inundación programada o repentina de un hogar, reside un inmenso potencial de renacimiento y despertar. Estos sucesos nos sitúan en la crucial reflexión sobre cómo vivir al borde del colapso, indagando en la partitura afectiva que en ellos aparece: la gama de afectos de la pérdida y la gama de afectos de la posibilidad.

Vivimos en un planeta dañado

Estamos inmersos en un contexto de emergencia planetaria que nos grita a voces, a tactos, a impactos, a sacudidas, la urgencia de agujerear los modelos impuestos, el funcionamiento insostenible que, paradójicamente, parece sostenerse hasta la infinitud. Así ocurre en las tierras de agua escasa, pero también en las tierras de agua excesiva; allí donde vivir se torna un reto, donde el agua espesa convertida en fango o en lámina estancada parece agotar la posibilidad de un futuro digno.

Habitamos en esta quiebra que el cambio climático ha abierto, generando un correlato

somático en los cuerpos —humanos y no humanos— que sufren sus consecuencias materiales. Este impacto, aunque sacude cada ápice de vida, nos obliga a mirar hacia las zonas abandonadas condenadas a la desprotección, pero también hacia aquellos lugares históricamente condicionados por el uso de sus recursos en búsqueda de beneficios ajenos. La distribución de los efectos del cambio climático, entonces, está atravesada por una desigualdad estructural: el sufrimiento adquiere grados más profundos en aquellas poblaciones completamente expuestas a la precariedad. Por tanto, incluso la exposición al daño, a las crisis y a las catástrofes está cifrada desde un determinado

reparto biopolítico que distingue unas vidas de primera y otras de segunda. Los habitantes de estas tierras se convierten en sujetos sometidos a vulnerabilidades insospechadas en una necrópolis climática que deja tras su estela una acumulación de muertes, dolores y fracturas difícilmente sanables. Muchos de estos efectos se condensan significativamente en episodios históricos que tienen como eje central el agua, cuyos ecos nos cuentan terribles relatos de pérdidas.

Geo-grafías sumergidas

Un ejemplo de ello son las obras de aprovechamiento hidráulico, las cuales se alzan como grandes hitos de la historia de España desde la antigüedad; sin embargo, a partir del siglo xx adquirieron mayor protagonismo. Algunas de las principales infraestructuras fueron las presas para la construcción de embalses, muchos de ellos con complejos desarrollos arquitectónicos, que dieron lugar a ingentes masas de agua repartidas por el territorio español. Sus dos grandes objetivos eran el regadío y, especialmente, la generación de energía eléctrica. En el régimen franquista, ambas funciones se convirtieron en pilares del discurso desarrollista, que exaltaba el progreso como un fin último, aun a costa de violentar los equilibrios naturales. La materialización de este ideal tuvo un coste incalculable: la desaparición bajo las aguas de más de 500 pueblos y la destrucción de valiosos ecosistemas, sacrificados en nombre de una modernidad que no contempló los estragos de su propia ambición.

Esta política hidráulica, durante la segunda mitad del siglo pasado, ha marcado por completo la identidad de las comarcas montañosas leonesas, que vieron a la vida deshacerse bajo la inmensidad de cinco grandes embalses. Entre ellos destaca el de Riaño, ejemplo paradigmático de la relación dominante y abusiva con la naturaleza. En 1965, durante la dictadura franquista, comenzó el levantamiento de su muro de hormigón: 110 metros de altura ideados para retener el agua proveniente del río Esla. Veintiún años después, con el PSOE en el gobierno, los habitantes recibían las cartas de desalojo, con las que se les instaba a abandonar aquel



En Burón, a pocos metros de sus viviendas habitadas, emergen las ruinas de los muros de las fincas que antes daban de comer. Foto: Isabel Hernández

lugar que los había visto crecer. Unos meses más tarde comenzó la completa demolición de todas las edificaciones, arrasando con un gran patrimonio etnográfico, hasta que el día 31 de diciembre de 1987 se cerró la presa del embalse, condenando a la desaparición a valiosos ecosistemas y arrancando de la tierra las raíces de nueve pueblos: Anciles, Hueldes, La Puerta, Pedrosa del Rey, Riaño, Salio, Éscar, Vegarcerneja y Burón, los tres últimos inundados parcialmente.

Este hecho, lejos de ser excepcional, se configura como una atalaya perfecta desde la que analizar los resultados de la alianza entre las lógicas capitalistas y la destrucción medioambiental. Por un lado, muestra la comprensión de la naturaleza sobre la que se articulan una serie de prácticas abusivas, que la reducen a un lugar de saqueo y acumulación al servicio del progreso del hombre. En segundo lugar, refleja la violencia que se imprime sobre los sujetos, desplegando una crueldad con la que hemos aprendido a convivir.

La violencia sutil y naturalizada

Esta violencia no perturba la normalidad porque es inherente al propio funcionamiento de la política, la economía y la sociedad. Sus efectos pertenecen a una escala temporal diferente que cuestiona nuestro habitual régimen de gravedad y de agencia, puesto que a menudo ocurre en la periferia de los parámetros de espectacularidad que nos permiten reconocer el daño. Esta ceguera es producida por unos intereses políticos



De Éscar solo queda el cementerio, escondido entre las laderas bañadas el embalse de Riaño. Foto: Isabel Hernández

y económicos que normalizan los devastadores efectos de sus praxis, caracterizándolos como secuelas de un bien mayor que goza de prioridad absoluta: la promesa del desarrollo. Esta se alza como objeto máximo de fe, como razón última, como dogma que todo lo conquista e incluso es asimilado por los propios sujetos que ven sus vidas sacrificarse.

La hidrocolonización de los valles, los parques eólicos, la tala masiva, la expansión de monocultivos o la explotación minera, modifican por completo el territorio y ponen en riesgo tanto su equilibrio ecológico como los derechos de las comunidades que habitan en él, sin embargo, se legitiman sobre la idea de un escenario futuro mejor, pero ¿mejor para quién? Se trata de un «bien común» basado en una exclusión previa, en la negación de formas de vida consideradas desechables en beneficio de un supuesto avance. De este modo se introduce el oscuro principio que instaura un bien privado en lugar de relacional, inoculando la aceptación de que dicho bien implica ineludiblemente el perjuicio de otros y haciendo posible la concepción de lo justo construido sobre esta violencia.

¿Qué situaciones nos permiten salir de la ceguera?

Es frecuente que sean las experiencias más dramáticas y visuales las que, al menos momentáneamente, consiguen sacarnos de la anestesia. Así sucedió con las devastadoras consecuencias

de la reciente dana en Valencia, como si nuestros cuerpos —acostumbrados a un dolor subyacente y constante— necesiten toparse con semejante terror para poder alzar la voz, para no sentirse ajenos ante el daño de los otros, para entender la magnitud de los peligros que nos acechan. Nos encontramos insertos en un entramado de violencias erosivas, que no son vistas como violencias en absoluto, hasta que la peor de las inundaciones acontece, hasta que la mayor de las pérdidas puede atisbarse.

Tras un suceso traumático surgen nuevos modos de estar en el mundo; formas de vida social, de costumbres, de prácticas y de

relatos en comunidad que brotan desde un latido corporeizado y emocional. En este acontecimiento reside el descubrimiento más relevante, aquel que nos muestra que en los estratos de negatividad también cristalizan potencias creadoras capaces de abrir realidades anteriormente no existentes ni imaginables, de generar una brecha, un surco que, aunque efectivamente se configura en la oquedad de la excavación, también se constituye en la germinación de nuevos inicios.

En Riaño y en sus pueblos vecinos, con la pérdida irreversible del lugar, emergieron nuevos marcos de pensamiento y de acción, así como fuerzas constructivas que se materializaron en un agudo sentido de comunidad. La constelación de emociones, dolencias y anhelos que estos sucesos generaron confluyeron en una comunidad de resistencia y en una comunidad de desarraigo, resultado de un entramado de afectos que actuaron como vectores orientativos permitiendo la inauguración de un inédito imaginario. Por tanto, de la solidaridad experiencial del trauma compartido surgió una supervivencia colaborativa, fruto de la urgencia de ensayar un nuevo mundo común ante las ruinas, donde las víctimas encuentren una fisura para un tiempo que se ha quedado sin futuro.

La vida en el colapso fuerza a los sujetos a experimentar su propia experiencia como anomalía, como diferencia, como posibilidad de suturar la herida de una realidad que no es estanca, sino abierta a la novedad y a la transformación. La

De la solidaridad experiencial del trauma compartido surgió una supervivencia colaborativa.

semilla de esta apertura se gesta en la capacidad humana de ruptura con lo anterior, del segundo nacimiento a un mundo ya constituido en el que, sin embargo, podemos generar diferencias configurando un nuevo espacio. Este es el tránsito de lo dado (la tragedia) hacia el acontecimiento de la novedad, porque no estamos completamente indefensos ante las fuerzas económicas, sociales, históricas y naturales, sino que nosotros mismos albergamos el antídoto para lo automático. La cuestión de fondo, por tanto, es que la realidad humana no permanece inmóvil porque cambia en cuanto existencia no clausurada. De acuerdo con este planteamiento, la vida no se agota en lo inmediato, no se encuentra marcada por un pasado determinado, ni por un futuro definido por la fatalidad de algún destino. Al contrario, se caracteriza como una apertura radical al exterior, a lo «todavía-no» existente, mostrando que las ideas de comienzo y de posibilidad están insertas necesariamente en las estructuras de nuestra acción y de nuestro pensamiento.

Hacer una incisión en el mundo, como el mundo incide en nosotros.

La capacidad para la metamorfosis se traduce en reformulaciones de nuestros modos de vida que, en las tragedias medioambientales y climáticas, suelen orientarse en dos direcciones: en primer lugar, el aparecer de la colectividad que se aleja radicalmente del ideal neoliberal de lo íntimo como propiedad individual, puesto que el trauma personal es precisamente el lugar desde el que lo comunitario se yergue. Lo más profundo de uno mismo —la pérdida, la rabia, el dolor, el duelo, la esperanza— aquí no se reserva como contenido

escondido, aislado de la otredad como elemento que poseer y salvaguardar para uno mismo, sino que es el catalizador de un «ser-juntos-en-el-mundo». En este sentido, sobre la constelación afectiva y emocional se produce el despertar de una revuelta de lo íntimo que solo adquiere densidad y espesura en su arrojo a la exterioridad, es decir, en la manifestación de lo personal en la plaza pública. La vida después de la muerte del Viejo Riaño o la resistencia tras la devastadora dana de Valencia demuestran que el resurgir se sostiene en compañía, en la unión y el caminar acompasado de unos cuerpos singulares que confluyen en la capacidad de autocomienzo.

En segundo lugar, esta recuperación del sentido comunitario nos sitúa en una red de interdependencias y relaciones que revela, una vez más, la insostenible ficción del individuo autónomo y del ser humano como entidad aislada del resto de los seres que habitan el planeta. Estas experiencias no solo rehabilitan la colectividad intraespecie, sino que nos incluyen como integrantes de un ecosistema complejo y palpitante en el que todos los seres vivos compartimos un mismo estatus ontológico. Desde esta disolución de jerarquías puede originarse una retórica del compañerismo que supere el antropocentrismo, al situarnos íntegramente en el mundo y en la biosfera. En esta medida, los terribles sucesos que el cambio climático trae consigo nos devuelven a una pregunta fundamental, aquella que se interroga sobre la hebra que nos conecta con la naturaleza.

Explorar la fuerza de los afectos nos sitúa más allá del testimonio del cuerpo dolorido, porque traza una cartografía de las mutaciones, de las fisuras y de las posiciones de los sujetos, en definitiva, de sus nuevas miradas ante el mundo social. Incluso en los ríos represados, en las inundaciones, en los desastres climáticos que desdibujan la imagen del agua apetecible y cristalina, late la posibilidad de construir el refugio para habitar este mundo dañado, donde la porosidad con la naturaleza se revele y un futuro más amable pueda imaginarse. ●

Isabel Hernández Suárez

Investigadora en filosofía

Divagaciones sobre vivienda rural y refugio climático

Verónica Sánchez Martino

Hace unos años trabajé en un servicio de acompañamiento a personas que trataban de asentarse en pueblos de Asturias. Parte de mi trabajo consistía en facilitar procesos complejos como la búsqueda de vivienda. En esa experiencia me sorprendió la similitud de las solicitudes que llegaban: todo el mundo quería una casa con prao, fuera del núcleo rural, una casa separada de las demás.

Todo el mundo, viniera de donde viniera, quería lo mismo. Y lo que quería no era ser parte, sino ser independiente, guardar una distancia, realizar su proyecto de vida en un pueblo, disfrutar de la naturaleza y de la república independiente de su casa.

También me sorprendió la abundancia de casas disponibles para el alquiler turístico y la dificultad para encontrar viviendas para el alquiler habitual. Sin embargo, esto no se debe a que no haya viviendas vacías. Según el censo del INE en 2021, en un 42 % de las viviendas del Oriente de Asturias no vive nadie de forma continuada. Un 25 % están vacías de forma permanente, mientras que un 17 % tienen un uso esporádico, vinculado principalmente a segundas residencias y estancias vacacionales. Algunos municipios, como Cabrales, llegan a tener un 50 % de sus viviendas vacías (Pomarada, 2023).

Esta situación es similar a la de otras zonas rurales interiores del resto del estado. Según el Ministerio de Fomento (2014), en municipios con población inferior a los 1.000 habitantes, el 50 % del stock de vivienda está compuesto por viviendas vacías (17 %) y de uso esporádico (33 %). Además, generalmente, es en las áreas rurales de carácter interior donde se concentra en mayor medida la vivienda antigua en mal estado de conservación (Donadei et al., 2023).

Por lo tanto, no es que no haya casas vacías, las hay, pero están en ruinas o en manos muertas¹ o son segundas residencias o alojamientos turísticos. En todo caso, la posibilidad de tener una vivienda pasa en la mayoría de los casos por comprarla, pues hay muy pocas casas disponibles para el alquiler permanente. Pero tampoco es fácil comprar una casa, al menos para los habitantes con salarios o ingresos generados localmente en una zona rural empobrecida.

En Asturias llueve

En los últimos años, esta comunidad autónoma ha dejado de perder población y ha empezado tímidamente a ganarla, revirtiendo una acusada trayectoria de declive demográfico que se mantenía desde los años ochenta del siglo pasado. El Plan Demográfico de Asturias 2017-2027, redactado antes de la pandemia del COVID-19, profetizaba justo lo contrario (Consejería de Presidencia y Participación Ciudadana, 2017). Cada vez más personas llegan a vivir a Asturias y con frecuencia perciben las casas de aquí como más asequibles, o incluso baratas, especialmente cuando se comparan con las viviendas de las grandes urbes. Algunas de esas personas buscan, entre otras

1. En este caso, podríamos matizar las diferencias entre las zonas rurales costeras y las de interior.



Con frecuencia se perciben las casas del medio rural asturiano como más asequibles en comparación con otros territorios. Fotos: Irene García Roces



cosas, un refugio climático; pues, como todo el mundo sabe, en Asturias llueve.

El cambio climático genera la necesidad de desplazarse debido a condiciones climáticas o desastres generados por ellas. Un refugio climático es un lugar donde el impacto del cambio climático no hace imposible la vida o no merma excesivamente su calidad. El aumento de las temperaturas en el centro y sur de la península y la previsión de que ese calentamiento aumente generan desplazamientos hacia el norte. Pero ¿qué pasa cuando los habitantes rurales privilegiados por nuestro clima nos encontramos con los migrantes que llegan privilegiados con su poder adquisitivo? Parece que este es un refugio solo para quien pueda pagarlo, porque las viviendas rurales están sometidas a las mismas leyes del mercado que las de la

gran ciudad, y esas normas son ajenas a su valor de uso y están ligadas siempre a su potencial especulativo. Los precios relativamente más bajos de la vivienda no lo son tanto cuando los comparamos con las rentas locales y los ponemos en el contexto de la orientación turística del territorio.

Cuando las viviendas disponibles se destinan prioritariamente al mercado turístico y segundas residencias, los precios suben, aparecen los inversores y las viviendas son cada vez más inalcanzables para los habitantes rurales; entonces se genera la tormenta perfecta para la gentrificación rural.

¿Refugiadas o desplazadas?

Al hablar de personas refugiadas, en este contexto, empleamos el término para nombrar a personas de nuestro estado que se desplazan

empujadas por el proceso grave y profundo del calentamiento global. Este es un proceso generado por dinámicas de producción, crecimiento económico y colonización que, a la postre, son las mismas que vaciaron el mundo rural y que van acompañadas de grandes dosis de dinámicas individualistas y deseos de disponer de recursos ilimitados, movilidad ilimitada, vidas ilimitadas.

Propongo llamar a esas personas desplazadas climáticas en lugar de refugiadas, sin minimizar el sufrimiento que implica una situación que te obliga al desarraigo. Aun así, considero importante diferenciar a los desplazados climáticos de aquellas personas, habitualmente procedentes del sur global, que necesitan refugio por situaciones climáticas o de otro tipo que implican un despojo, violencia y desarraigo aún más violento que el que sufrimos en el Estado español.

Esta reflexión sobre casas, pueblos y refugios necesita aún más notas de contexto; para ello, hay que mencionar ineludiblemente dos grandes procesos que han atravesado al mundo rural en toda la península: la desagrarización y la turistificación.² Ambos se relacionan con la despoblación de manera compleja.

La desagrarización ha sido el proceso en la base del desmantelamiento del mundo rural en su conjunto, con su correspondiente desaparición de comunidades, agroecosistemas, servicios públicos, lenguas, culturas y cosmovisiones. La turistificación —que ha afectado sobre todo a zonas de costa, de montaña y algunas interiores— ha generado estacionalidad en el empleo, acaparamiento de la vivienda útil y especulación, y ha retenido en las zonas rurales a muchos menos vecinos y vecinas de lo que se esperaba de ella como ansiada estrategia contra la despoblación.

Pueblos para convivir

Estos procesos nos conectan de nuevo con el tema de la gentrificación derivada de la compra de viviendas en zonas de «refugio climático». En este sentido, es necesario hacer algunas precisiones muy obvias: no tiene el mismo efecto el acaparamiento de casas para alojamientos turísticos que la compra de casas para vivir. Los vecinos, tener vecinos y ser vecinos, son parte de la solución, mientras que las viviendas turísticas son claramente parte del problema.

2. Generalmente, por ser propiedad de numerosos herederos dispersos por el éxodo rural.

Podemos preguntarnos si realmente estamos en condiciones, en la España despoblada, de prescindir de alguien. El hecho de que cualquier persona que llega a vivir a una nueva tierra no sea bienvenida me parece conflictivo. Pero quizá el tema sea el cómo llega. Y preguntarnos cómo podemos frenar procesos gentrificadores en las zonas rurales aliándonos y formando nuevas comunidades con las personas que llegan, y no generando aún más distancia entre nuevos y viejos vecinos. Bienvenidas sean las desplazadas climáticas que se quedan a vivir todo el año.

Ser vecina del pueblo es algo más que compartir una escalera. En esto, como en tantas cosas, los territorios rurales son muy complejos. La vivienda rural no es solo una casa, es originalmente una pequeña parte de una unidad de producción. La quintana asturiana o la casería, por poner dos ejemplos locales, engloban la casa, la cuadra, el hórreo, la huerta, los prados y el monte privado o comunal. Son conjuntos pensados para producir energía, alimento y cobijo de manera inseparable e interdependiente en una comunidad. A veces la propiedad de la tierra es individual, a veces pública, otras común. Un pueblo es originalmente una comunidad que se asienta en un agroecosistema al que nutre y del que se nutre y una buenísima inspiración para pensar la vivienda y la alimentación desde lo colectivo y lo agroecosistémico.

Hoy día se concibe la vivienda rural obviando este hecho. Olvidamos que esa casa es solo un nudo dentro de un entramado y que está pensada para formar parte de él, para alimentar y dar cobijo a una comunidad, para que el ciclo de la vida no se agote. Obviamos que la vivienda rural es una célula de una comunidad, de un grupo con un devenir histórico, conflictivo y creativo.

Las fronteras de una vivienda rural son porosas y por eso la vivienda rural no es la república independiente de tu casa, es un espacio interdependiente en una comunidad interdependiente. Ojalá la acogida a las personas desplazadas nos ayude a fortalecerla, a fortalecernos, a alimentarnos, a ser pueblo, ser agroecosistema y ser refugio. ●

Verónica Sánchez Martino
Varagaña

Gracias a Macario Iglesias y a Alfonso Martínez Lázaro por compartir conmigo su sabia mirada. Las referencias bibliográficas están disponibles en la versión web del artículo.

Desirée Martos Cañete y Hugo Rodríguez Braga

El cansancio ontológico

VIVENCIAS RURALES FRENTE AL FRENESÍ DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Ayer me levanté sintiendo que no me quedaba tiempo. No hablo de la pérdida de la vida en un sentido estricto, pero sí de la aceleración y el ritmo que no te permite vivirla. No había dormido demasiado bien; eran las siete de la mañana y con la luz artificial de la cocina me hice un café que no duró más de tres sorbos mientras revisaba las notificaciones del móvil. Cansada. Fatigada. Apresurada. Afuera, el resto del mundo parecía estar sintiendo lo mismo.

El precio de la aceleración

En la actualidad han surgido nuevas formas de comprender el cansancio, este fenómeno que parece encontrarse inseparable del mundo contemporáneo y sus dinámicas. El desgaste físico y mental provocado por la prisa constante, la alta productividad, la hiperconectividad y la lógica capitalista crean un contexto en el que estar siempre ocupado, activo, no es solo la norma, sino un ideal elegido por cada uno de nosotros. La presión de abarcarlo todo, la sensación de que «no nos da la vida» y la desconexión con nuestros ritmos biológicos nos conducen a un estado de fatiga crónica; o lo que es lo mismo: una forma de estar cansados constantemente, a la que podríamos referirnos como el «cansancio ontológico».

El filósofo surcoreano Byung-Chul Han, en su conocida obra *La sociedad del cansancio* (2010) señala que la nuestra es una sociedad del autotendimiento, donde cada uno es al mismo tiempo el explotador y el propio explotado: en nuestro afán por estar siempre activos, siempre encargándonos de algo, terminamos voluntariamente presionándonos en exceso. Al combinar esta idea de cansancio con la ontología (el estudio del ser), se alude a un agotamiento profundo que afecta a nuestra propia esencia, una ontología del desgaste.

Este fenómeno va más allá del agotamiento físico y mental; es una sensación que nos mantiene acelerados, en estado de alerta, bajo las normas de nuestra propia exigencia: lo excepcional es estar descansados, dormir de manera plena y permitimos el vacío, la contemplación, el ser natural, la ocupación simple del entorno, la nada.

Raíces y ritmos: explorando las sociedades kairéticas y la cultura del rendimiento

Vivimos instalados en este cansancio, producto de una sociedad que nos exige demasiado a todas horas. Este es el concepto del aceleracionismo, según el cual cada vez hacemos más cosas, escuchamos más información, recibimos cada vez más estímulos. Nuestra atención se reparte entre toda clase de responsabilidades, con apps y notificaciones tratando de reclamar nuestros pensamientos: nos llegan avisos del trabajo, correos y wasaps a todas horas; hacemos deporte para tener más energía mientras escuchamos podcasts que tratan de temas que consideramos que deberíamos conocer; ni siquiera en nuestro tiempo libre, ni siquiera cuando nos vamos a la cama, encontramos la quietud necesaria para recuperarnos, conectados al mundo digital como estamos. La idea que rige esta sociedad es simple: llenar

nuestro tiempo de tantas actividades productivas como sea posible. Siempre podrías estar haciendo más. Siempre podrías aprovechar más el tiempo.

Sin embargo, esa productividad no da unos frutos claros, ya que por mucho que hagamos nunca estamos más cerca de terminar. A la larga, esto se traduce en frustración y cansancio. Paradójicamente, respondemos a este cansancio intentando optimizar nuestro descanso: usamos horarios de sueño estrictos, reglas autoimpuestas, dietas y ejercicios para recuperarnos al máximo; es decir, usamos la misma lógica que nos ha llevado aquí para solucionar este desgaste. Así, es habitual que despertemos en una inercia acelerada y tecnologizada.

Las ciudades, antaño símbolos de bienestar, ahora parecen ceder su lugar a lo rural como espacio de equilibrio y recuperación: los últimos años están poniendo de relieve el malestar derivado de la pérdida de conexión del ser humano con la naturaleza y sus ritmos, un malestar cada vez más documentado en estudios académicos. En este sentido, la filosofía ha señalado cómo la experiencia rural —especialmente la de generaciones más longevas— ofrece claves para comprender y contrarrestar los efectos de una sociedad acelerada, incluyendo la necesidad urgente de cuidar nuestro entorno. En concreto, las sociedades rurales se pueden entender como kairéticas —del griego *Kairós*, oportunidad—, en el sentido de que se estructuran en torno a una noción clara y compartida de cuándo se debe trabajar y cuándo descansar.

Si la cultura del rendimiento se caracteriza por crear sujetos siempre disponibles, siempre atentos, siempre cuidadosos de gestionar su tiempo y su energía, y de encontrar maneras de sacar más partido a sus quehaceres, la mentalidad kairética reconoce la necesidad colectiva de empezar y terminar una labor dentro de su debido tiempo.

En este sentido, las sociedades rurales han mantenido históricamente esta concepción del trabajo estrechamente ligada a los ritmos naturales y a la interdependencia con el entorno. Se trata de un proceso cíclico donde cada labor tiene su momento preciso: la siembra no puede adelantarse ni retrasarse sin consecuencias, la cosecha ocurre cuando los frutos han madurado y, entre otros, el cuidado del ganado responde a sus propios ciclos biológicos. Depender hasta cierto punto del entorno, del clima, de la estación del año o, entre otras, de la disposición del ganado, crea una

forma significativa de habitar el espacio que nos rodea, basada en relaciones valiosas con el mundo e implica, asimismo, un cuidado de los mismos. De tal forma, este enfoque refuerza una relación profunda con el mundo, donde el trabajo no se percibe como una obligación mecánica, sino como una interacción sustancial con el entorno que sostiene la vida.

Habitando el mundo de otra manera: cómo lo rural puede ayudarnos a sanar la fatiga existencial de nuestra era

La vida rural ofrece una alternativa tangible al ritmo frenético de las ciudades, pues permite una mayor conexión con la naturaleza y un equilibrio más acorde con los ritmos biológicos y ecológicos que nos constituyen. La naturaleza no opera bajo la lógica de la prisa o la eficiencia extrema; en cambio, sigue ciclos de regeneración, alternando períodos de actividad con momentos de reposo. Volver a estos ritmos supone una oportunidad para alinear nuestra vida con principios más sostenibles, tanto en términos ambientales como personales. En este sentido, el cansancio ontológico es también un síntoma de nuestra incapacidad colectiva para reconocer los límites impuestos por la naturaleza, límites personales, sociales y ecológicos.

El entorno rural se presenta como un espacio de renovación y resiliencia, tanto en términos individuales como en colectivos. La vida en contacto con la naturaleza no es únicamente un refugio para el descanso individual, sino también un modelo alternativo de bienestar basado en la sostenibilidad y la salud comunitaria. Las investigaciones en torno al bienestar en ambientes rurales han mostrado cómo la interacción significativa con la naturaleza y la reducción del estrés ambiental favorecen la calidad del sueño, la estabilidad emocional y la percepción del tiempo como un recurso más humano y menos mercantilizado.

¿Cómo podemos escapar del cansancio del yo?

Más que una huida del mundo moderno, lo que se propone es una relación armónica con nuestro entorno, una en la que podamos ser humanos completos; es decir, seres que no se definan únicamente por su capacidad de producción y rendimiento. En este horizonte, el descanso no es un fracaso ni la inactividad una pérdida de tiempo;

Patricia Dopazo Gallego

La alimentación en manos del pueblo

EL PLAN PUEBLO A PUEBLO DE VENEZUELA

El sistema alimentario industrial funciona sin descanso. Se mueve gracias al petróleo; por tanto, su cuota de contribución al cambio climático es considerable. Lo que estimula ciegamente este sistema es su capacidad de generar beneficios para enriquecer manos privadas, a costa de empobrecer la vida y la tierra. Este es el corazón del mecanismo y sobre él actúa para desmantelarlo el plan Pueblo a Pueblo.



Paul Gauguin, La siesta. Dominio público

al contrario, son elementos esenciales para una existencia plena. La autosuperación sin límites, el constante perfeccionamiento y la presión por alcanzar el máximo desempeño han generado una sociedad en la que la fatiga es estructural.

Es también importante matizar que las áreas rurales, aunque pueden representar un alivio frente a la fatiga existencial, no son un remedio mágico. La idealización del campo como un lugar de paz y armonía puede ocultar desigualdades, falta de acceso a servicios básicos y dificultades socioeconómicas que afectan a la calidad de vida. Por ello, si queremos recuperar los beneficios de una vida más conectada con los ritmos naturales, es fundamental que existan políticas de apoyo que aseguren condiciones dignas para quienes habitan estos espacios.

¿Qué hacer para llevar una vida moderna más kairética, informada por las experiencias rurales? Como hemos señalado, el problema es social, por lo que la solución individual es, si bien importante y necesaria, limitada. Quizá la pregunta correcta sería qué *no* hacer: debemos aprender, colectivamente, a recuperar la inacción, la nada, el aburrimiento, el vacío. A menudo sentimos aprensión ante la pérdida de tiempo, ante la improductividad prolongada: debemos alterar esa mentalidad

de forma permanente. El descanso debe ser entendido como un bien en sí y no como una recuperación para rendir más al día siguiente. Los ritmos kairéticos delimitan claramente el tiempo libre no productivo y el tiempo de actividad, en el que llevar a cabo labores que den frutos que valoremos y de las cuales saquemos gratificación.

Así, la clave no está en escapar de la modernidad, sino en repensar nuestras formas de habitarla. Recuperar el equilibrio con nuestro entorno es, en última instancia, una apuesta por una vida más habitable, en la que el descanso, la contemplación y la conexión con la naturaleza sean parte de nuestra existencia y no simples excepciones dentro de una rutina agotadora. ●

Desirée Martos Cañete.

Graduada en Filosofía y especialista en Interculturalidad, Justicia y Cambio Global.

Hugo Rodríguez Braga

Graduado en Filosofía. Realizando un doctorado en la Universidad de Oviedo sobre «Salud mental en la juventud asturiana».

En Venezuela se ha ido consolidando un sistema alimentario al margen de la agroindustria y del capital cuyas claves son la organización de la población productora y consumidora, la planificación de la producción y los precios transparentes. Actualmente, más de 300 familias campesinas alimentan a 450.000 familias consumidoras en diez estados del país.

La manera capitalista de entender la alimentación y de acceder a ella se ha extendido por todo el mundo. Marcas, ofertas, modas, publicidad... Tras todo esto hay políticas que generan deuda y dependencias, expulsión de comunidades, pérdida de saberes y culturas, calentamiento global, privatización y deterioro de bienes naturales, destrucción de la biodiversidad, explotación laboral y hambre. Cuando el caos climático ya es una realidad, ¿podemos imaginar otro sistema alimentario? ¿Cómo podría organizarse?

Este año 2025 el Plan Pueblo a Pueblo de Venezuela cumple diez años. Hablamos con Laura Lorenzo, Patricia Novoa y Ricardo Miranda, tres de las personas que, desde diferentes estados, impulsaron una articulación de base que ha conseguido devolver el control de la alimentación al pueblo y generar autonomía aun con todas las incertidumbres que enfrentan.

La respuesta a una crisis es construir soberanía

Las tres personas que, junto con documentos e informes, nos ayudan a hilar todo este relato, proceden de las luchas estudiantiles y campesinas de los años ochenta y noventa en Venezuela, inspiradas a su vez en los comités de la tierra que pelearon en años anteriores por una reforma agraria que acabara con el éxodo de familias campesinas a los suburbios de las ciudades.

Venezuela, como tantos otros lugares del mundo, vio cómo sus patrones de consumo se transformaban por completo en la segunda mitad del siglo xx, pasando a depender de alimentos de origen externo y procesados. La llegada de Hugo Chávez al poder hizo que algunas demandas históricas se reconocieran y en 2001 se aprobó la Ley de Tierras y Desarrollo Agrario, que permitió la ocupación de más de 20 millones de hectáreas de fincas de familias terratenientes que estaban fuera del país. Solo en el estado de Yaracuy, donde vive Laura, el campesinado recuperó más de 110.000 hectáreas, aunque con conflictos y enfrentamientos. «En esa época me tocó ser delegada agraria de mi estado, la primera mujer en este puesto, que era un cargo importante», cuenta Laura, que decidió salir de las instituciones más

METODOLOGÍA DE LA ESCALERA DE DOBLE PARTICIPACIÓN



tarde, en 2015, con una gran experiencia en el sector y cuando comenzaba «una etapa fuerte de guerra económica».

El bloqueo financiero y comercial impuesto a Venezuela en 2015 se materializó en las calles de muchas formas, una de ellas llegó a todas las pantallas del mundo: la falta de alimentos en las grandes superficies. «Cuando faltan esos alimentos se percibe la necesidad de volver a nuestra alimentación original, de recuperar los patrones de consumo que nos han permitido resistir. Así, un grupo de compañeros comenzamos a recorrer territorios netamente campesinos que, a pesar de las medidas coercitivas y el apoyo a la agroindustria, resistían con sus producciones tradicionales. Vimos aún más claro que había producción de sobra, lo que no había era una política de distribución». Esto los llevó a dar el paso de construir el plan Pueblo a Pueblo, que consideran que responde de forma lógica a un continuo histórico.

Organización y planificación

Patricia Novoa es otra de las impulsoras de Pueblo a Pueblo y una de las personas que articula relaciones entre el plan, la universidad y el estado. Para ella el plan es un «tejido orgánico de construcción permanente que busca revertir un esquema convencional capitalista y rediseñar espacios que contribuyan a la soberanía

alimentaria del país». Relata que el camino recorrido no ha sido fácil, ya que Venezuela ha sido muy atacada y eso ha generado intermitencia en los planes y políticas públicas nacionales y una lucha constante contra el poder mediático interno e internacional. «Ha sido gracias a las iniciativas populares como hemos podido de alguna manera recuperarnos de todo lo que nos ha venido sucediendo de forma sistemática desde que fallece el comandante Chávez y asume el gobierno el compañero Maduro», afirma.

Una de las claves del plan es desmontar el modelo colonial de distribución, ya que el sistema productivo propio se mantiene, demostrando, como afirma Patricia, que «es la agricultura comunal la que alimenta el país, la suma del conuco, la milpa y la chacra». A partir de aquí, el plan elaboró lo que llaman la metodología de la «escalera de doble participación», donde quien produce y quien consume dejan de ser sujetos políticos diferentes para transformarse en uno solo. La clave es la organización y planificación en ambos lados de la escalera, algo que en Venezuela estaba ya muy avanzado, con las organizaciones campesinas en el lado de la producción y las comunas en el lado del consumo.

A partir del diagnóstico productivo, las familias consumidoras planifican sus necesidades de consumo por familia y a partir de ahí se planifica

Se siembra con base en necesidades y se centraliza la producción en centros de acopio.

la producción. Si las familias piden berenjenas, se hacen los semilleros y de forma asamblearia se establecen las estructuras de coste, que se hacen públicas y siempre están por debajo del precio del mercado. Se siembra con base en necesidades y se centraliza la producción en centros de acopio, que a través de la distribución (buscando la máxima proximidad) llegan, a su vez, a las alacenas comunitarias de las zonas de consumo. Hay familias que hacen la solicitud por bolsas variadas de 5 o 10 kg (llamadas «combo») y hay lugares donde se descarga la producción en una cancha y cada quien se lleva lo que solicitó.

El campo, un sector golpeado

«Cuando entramos a los territorios, ubicamos las organizaciones existentes y les presentamos la metodología. No creamos organización, les damos profundidad a las que ya existen», explica Ricardo Miranda, quien, desde Caracas, articula relaciones con algunos ministerios. «Cuando llegamos a una zona de producción, la gran mayoría de familias se acoge al plan, porque supone robustecer la economía local y pactar precios, y esto da mucha seguridad. La metodología se adapta a cada territorio manteniendo sus fundamentos».

Ricardo, participante histórico en las luchas campesinas, explica que cuando el capital saca la producción de las comunidades hacia las ciudades, la transfiere a los mercados mayoristas y a la dinámica de los intermediarios. Para esquivar este circuito tiene que haber planificación, organización y equipos de trabajo. «En todo este proceso no interviene para nada el estado, no estamos adscritos a ningún gobierno. Queremos que esto se visibilice a nivel nacional e internacional porque implica un nuevo modelo para la vida. Los

alimentos como un derecho humano, no como una mercancía».

Hablar del campo en Venezuela es hablar de un sector muy golpeado. Las compañeras del plan nos cuentan que las estructuras que lo atendían con Chávez ya no existen y no hay políticas en el sector. «Ahora no tienen dónde colocar su producción, no tienen financiamiento, y se suma el aumento del precio del gasoil, que se debe en gran parte a las sanciones y al bloqueo. Prácticamente no tenemos salario en nuestro país, pero con una política de distribución acertada hemos demostrado que es posible hacer viable el trabajo. Nuestro pueblo está haciendo un esfuerzo enorme, está llevando sobre sus hombros este proceso de revolución y de cambio», afirma Ricardo.

Consolidar verdaderos procesos de cambio

La metodología del Pueblo a Pueblo se complementa con líneas transversales, como las escuelas agroecológicas de campo, según Patricia, uno de los proyectos más importantes: «Es una forma de consolidar procesos formativos de transformación de la conciencia, de revertir las prácticas capitalistas y descolonizar las ciencias agrícolas». Allí se forma en la producción de semillas, bioinsumos y artes de pesca, en procesamiento de alimentos, crianza apropiada de animales y memoria histórica. Además, se organizan multitud de encuentros, ferias y festivales; y en todas estas actividades, así como en las unidades productivas, el liderazgo de las mujeres es muy visible.

Estas líneas transversales también están al otro lado de la escalera. Nos lo explica Ricardo: «Ciertamente, ahora mismo conviven dos modelos



Reparto de la producción en la escuela de la cota 905 de Caracas. Foto: Pueblo a Pueblo

Jaume Puchalt

Pueblo a Pueblo en las escuelas

Cuando el plan empezó a crecer, para Laura fue evidente que había que actuar en las escuelas. «El programa de alimentación escolar fue extraordinario en la época de Chávez, pero con el tiempo fueron entrando las mafias y pocos proveedores se encargan de la alimentación de todas las escuelas y no dan comida de calidad». Nació entonces, en 2018, el Pueblo a Pueblo en las escuelas, que proporcionaba frutas, verduras y hortalizas para garantizar almuerzos saludables, de procedencia cercana y sin intermediarios.

En 2019, el plan en las escuelas recibió el premio de las organizaciones populares reunidas en la Alianza Estadounidense por la Soberanía Alimentaria. La visibilidad que alcanzó hizo que el gobierno de Maduro concediera una asignación económica para que el programa de alimentación escolar siguiera la metodología Pueblo a Pueblo. «Hasta hoy, con muchas trabas burocráticas pero con el plan estabilizado, hemos atendido 283 escuelas de 7 estados, con más de 100.000 niños, niñas y adolescentes y más de medio millón de kg de rubros frescos repartidos. Además, ofrecemos acompañamiento para diversificar y equilibrar los almuerzos escolares e involucramos en ello a toda la comunidad», cuenta Laura. Para Ricardo, debería convertirse en una política pública que acabara de consolidarlo, sin la incertidumbre de que dependa de la voluntad del gobierno.

radicalmente opuestos de alimentación, por eso no se trata solo de llevar los alimentos a las familias, hay un trabajo de rearme ideológico. Pretendemos construir otra manera de relacionarnos y esto depende fundamentalmente de cómo se va creando conciencia en los territorios. Se trata de qué es lo que tiene que nacer y qué debe morir».

A pesar del crecimiento sostenido del plan y sus logros, el equipo es plenamente consciente de todo lo que queda por delante. «Ahora estamos atendiendo una parte mínima de los territorios de nuestros productores, pero la mayoría siguen siendo explotados por el capital. Conversamos con el ministro de comunas y nos comentaba que el grave problema a resolver es ese, porque ellos producen y esperan a que lleguen los intermediarios. Lo que hay que impulsar es la metodología de la organización popular, no depender de esos agentes que buscan el lucro». Admiten que suena fácil, pero no han encontrado la fórmula para casos como la siembra de grandes extensiones, donde tienen toneladas de harina almacenada y no saben cómo colocarla. «Podemos llegar con la harina a la ciudad y ponerla a un precio bajo, pero no funciona así, no es la fórmula. Puedes vender una parte, pero ¿qué haces con el resto? Hay que planificar conjuntamente».

En algunos elementos, la filosofía del plan coincide con la del gobierno, pero la principal lucha en este sentido es en el enfoque agroecológico. «Confrontamos una crisis climática y nos reinventamos continuamente para diseñar nuevas formas de sembrar, de actuar ante ciclos de lluvia

modificados, sequías extendidas, degradación de suelos, semillas transgénicas...», explica Patricia. «Dentro del Pueblo a Pueblo hay un proyecto bandera de rescate de semillas, también de manejo agroecológico de suelos, plagas y enfermedades y la sistematización constante de buenas prácticas. Todo esto es también parte del plan. Una forma antigua, rescatada y valorada de entender la producción, incorporando nuevos procesos que vayan en armonía con la madre tierra, con la participación de la comunidad, no depender de insumos externos y mantener procesos permanentes de formación».

Laura termina de pintar el escenario actual. Dice que vienen más sanciones y que la lucha por los recursos de Venezuela va a ser más fuerte. «Tenemos que estar preparados para la resistencia. Hemos demostrado que el pueblo venezolano tiene una capacidad de resiliencia muy grande y sabemos que la organización popular y autónoma es la lucha que tenemos que dar en este momento».

Patricia Dopazo Gallego

Revista SABC



Este artículo cuenta con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo



Visión del río y del pueblo de Betxí desde el Pas del Pontarró.
Ilustración: Jaume Puchalt

Cuidar la esencia del pueblo por los caminos de agua

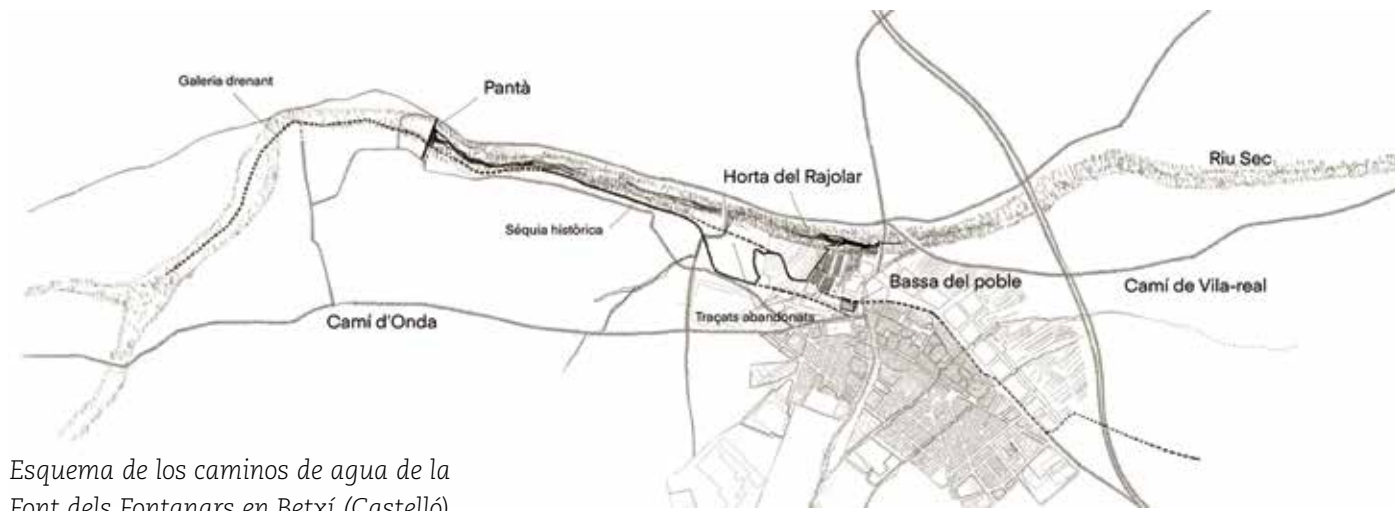
El agua es un recurso, es conflicto y herida. Su gestión y el aprovechamiento incorporan relatos, memorias y cultura. Canalizarla altera el ecosistema, genera paisajes nuevos y construye otros escenarios. En Betxí (Plana Baixa de Castelló), la acequia y su comunidad mantienen viva la fuente del pueblo y generan una identidad colectiva propia.

Llegué hace cinco años a Betxí porque un grupo de personas interesadas por el río, encabezado por el concejal de Medio Ambiente, querían hacer algo para cuidarlo. Como no tenían claro lo que necesitaban, nos pusimos a trabajar. En primer lugar, se diseñó un proceso de diagnóstico técnica participada que, en las sucesivas visitas y entrevistas, nos ayudaría a entender el territorio y sus habitantes para definir a continuación el plan de acción.

La primera visita fue al pantano de Betxí, que nos mostraban con orgullo y cariño porque lo asociaban a recuerdos de niñez, pero que supone una barrera infranqueable para el ecosistema. A pesar de la ineficacia técnica de su construcción, por estar situado en un entorno permeable y alojar el paso subterráneo de la galería drenante de la acequia, la extraña infraestructura aloja el nacimiento de lo que denominan la Font dels

Fontanars. Sin embargo, comprobamos que esto no es cierto: en realidad, el agua viene de más allá. Como el principal riesgo de secado de una fuente histórica no es la sequía, sino el desconocimiento, hemos tratado de ir reconstruyendo su historia, sus recorridos.

El origen del agua que llega a la Font dels Fontanars es una galería drenante excavada y construida en el mismo lecho del río, que nace al inicio del término municipal, cerca de Onda. De origen árabe y a la manera de los qanats (canales) árabes utilizados en Siria desde hace más de mil doscientos años, funciona como un punto de captación superficial directa del nivel freático y conforma una galería subterránea y transitable de bóveda de ladrillo maciza, que es sin duda un tesoro escondido del cual son conscientes en Betxí. ¿Qué sentido tenía construir un pantano atravesado por esta galería y en terreno permeable?



Esquema de los caminos de agua de la Font dels Fontanars en Betxí (Castelló)

L'Horta del Rajolar aprovecha la recuperación de la acequia histórica

Dejando aguas arriba el pantano, antes de devolverle el agua al río Seco, la última beneficiaria de la acequia es l'Horta del Rajolar, un espacio agroecológico comunitario y de aprendizaje impulsado por la Fundación Novessendes. Desde que en los noventa dejó de ser un alcantarillado, por la puesta en marcha de la depuradora de aguas residuales de Onda-Vila-real, el río había permanecido seco y yermo hasta la recuperación de la acequia. Desde entonces y gracias a su efluente, mantiene con cierta calidad la vegetación de ribera característica de estos ríos temporales mediterráneos, a pesar de que desgraciadamente continúa sufriendo vertidos incontrolados.

El técnico de agroecología de l'Horta, Óscar Górriz, me explicó que todo empezó en 2014, cuando unas veinte voluntarias emprendieron la limpieza y rehabilitación de la acequia por no perder su derecho de uso. La existencia y mantenimiento de la acequia han permitido el inicio del proyecto de l'Horta del Rajolar y el desarrollo de este pedazo de mundo y también, con su gesto, aquel grupo de «románticas del patrimonio» daba un giro radical a la historia, o sencillamente la continuaba según el antiguo guion. Mientras el planeamiento urbanístico continúa con la previsión de un desarrollo irreal y las periferias urbanas se abandonan, aquí está generándose un mientras tanto valioso.

Hay que volver a contar el cuento cambiando algunos pequeños detalles

Por eso importa el relato, tanto de la infraestructura como de la comunidad asociada, hay que

entender su manera de sostener la vida, porque vivimos historias hechas de injusticias, donde cada pequeña victoria puede suponer cambios significativos y hay que contarlos de nuevo. Lo contrario, abandonar y no atender a las infraestructuras hidráulicas, por ejemplo, es arriesgarse al colapso, al aumento drástico de las consecuencias por riadas, como vimos el pasado 29 de octubre, y al derroche de los recursos. La conexión y la visibilización que un pueblo mantiene de sus aguas, garantiza su calidad de vida.

Para sanar heridas y reconstruir memorias, hay que recuperar y visibilizar los caminos del agua y el patrimonio construido asociado al agua, como por ejemplo las balsas, los molinos, los mataderos y los lavaderos... Estas iniciativas pueden recuperar las historias que nos ayudan a reconectar con nuestro hábitat. Las acequias, como los márgenes de piedra seca, forman parte de una estrategia de gestión hidráulica milenaria incuestionable. Han permitido el aprovechamiento y el cuidado de los recursos, la retención de agua y sedimentos, y el mantenimiento sostenible y eficiente de ecosistemas. Hay que abrir calles, desurbanizar para recuperar la porosidad y las conexiones de unos territorios esponja, para reconectar y mejorar la calidad de todas las aguas, para generar vínculos que íntimamente atiendan a nuestro entorno y nos acerquen de nuevo a él.

Hay que disponer un catálogo de propuestas que configuren espacios de filtro y transición entre los usos urbanos y los caminos fluviales. Se tienen que ensanchar los ríos y restaurar las zonas de laminado de crecidas, para garantizar el desagüe y recuperar las tierras más fértiles y productivas de la huerta, siempre compatibles

Obras e inversiones que no resuelven los problemas

Los primeros conflictos de los cuales se tiene constancia aquí datan de principios del siglo XIX, cuando, para abastecer el regadío de los cultivos intensivos de cítricos, se introdujeron motores de bombeo en los pozos. Además de la transformación evidente del paisaje, el monocultivo y la industria azulejera provocaron el secado y la contaminación del acuífero. Esto cambió cuando una nueva «modernización» del regadío trajo agua (más barata) del río Millares a través de los canales cota 100 y 200, hecho que paralizó los motores y permitió la recuperación del acuífero para alcanzar de nuevo la Font dels Fontanars.

Más tarde, en 1904, tuvo lugar la revuelta del Pantano, una revolución popular que se enfrentó al cacique de Castelló, Victoriano Burgaleta, que pretendía administrar el agua del pantano y aumentar la superficie de regadío. Contra esto, y por la ineficacia de la solución sobre un suelo permeable y atravesado por la antigua galería subterránea, el pueblo se amotinó y paralizó la obra, que nunca entraría en funcionamiento.

Esto de encontrar obras e inversiones, tanto públicas como privadas, que no resuelven los problemas o incluso los agravan y crean otros nuevos, está más extendido de lo que parece. Este mismo pantano, en la década de 1980, presentaba graves defectos y fugas, y en cada crecida provocaba inundaciones a 50 fanegadas de tierras cultivadas aguas arriba. Para solucionarlo, se solicitó, además de la reparación de las fugas y la ejecución de compuertas de fondos, un rebajado de dos metros y medio de profundidad por seis de longitud, para facilitar el drenaje y evitar posibles daños mayores. Pese a la resolución afirmativa de 1988, nunca se ejecutó ese desagüe y las tierras de aguas arriba se fueron abandonando o se han ido erosionando con el paso de los años.

La historia se repite en multitud de infraestructuras que, obsoletas y envejecidas, construyen y definen territorios, y representan riesgos para las poblaciones situadas en las llanuras aluviales. Mientras arraigo, me pregunto si es el miedo o solo la ignorancia lo que nos hace defender esas infraestructuras «definitivas» que —como el Plan Sur en València, que supuso la desviación del Turia— vienen a solucionarlo todo y finalmente no solo no han solucionado los problemas hidráulicos, sino que esconden y empeoran la esencia y el funcionamiento de todo un territorio. Hay que revisar y actualizar las soluciones, para complementarlas con medidas lo más «naturales» posible y que recuperen con sentido el buen hacer y los saberes tradicionales.

con esos movimientos. Hay que atender a la vez al detalle de cada acequia y hacer cumplir las normativas europeas, que, como la Directiva Hábitats, la Directiva Marco del Agua y la Directiva de Inundaciones, ya velan respectivamente por entender hábitat y habitantes con una visión conjunta, conseguir el buen estado y la gestión de las masas de agua y garantizar transversalmente la respuesta frente el riesgo.

No debemos olvidar cómo funcionan los ríos, para ser coherentes con nuestra situación al respecto, con las versiones de la historia contada y la respuesta a los dolores que les causan nuestras presiones y agresiones. Un pueblo que olvida los bienes y valores que lo alimentan está condenado a cambiar y perder el rumbo, a cometer errores fatales. El destino que elijamos debe evitar que cuando haya que ocuparse de los problemas sea demasiado tarde o demasiado caro. Mientras tanto, aquí seguimos y seguiremos, tratando de contagiar de una manera saludable y generosa el cariño por la fuente de un pueblo. Porque hay

que conseguir más y nuevos recursos para garantizar su mantenimiento y su visibilidad, y para difundir el mensaje y multiplicar el impacto. Para ocupar un territorio y mantenerlo vivo, hace falta una mirada amplia y la protección de los beneficios ecosistémicos, deben generarse alternativas comunitarias que cuiden los tesoros de su entorno.

Gracias a Rosabel, Ximo, Manolo, Esther, Jesús, Miguel, Fina, José, Joan, Alberto, Javier, Rosa, Domingo, Xavier, Ana, Fernando, Juan, Nacho, José Manuel, Francisco y Josep por haber abierto el paso de esta senda y recuperar su relato. ●

Jaume Puchalt

Técnico de la Fundació Novessendes

Isa Álvarez Vispo

ASDECOBA

LO COMUNITARIO COMO REFUGIO

En este momento de crisis multidimensional y caos climático, generar estructuras comunitarias, autónomas y situadas se demuestra cada vez más importante para sostener nuestras vidas. En Salamanca existe un referente con muchos aprendizajes que difundir.

Los márgenes son lugares habitados por personas a las que no queremos mirar por si un día las vemos demasiado cerca. Lo comunitario es una manera de mirar y de hacer con poca promoción en estos días. Ambos, lo comunitario y los márgenes, se saben fuera de las prioridades (que no del interés) del sistema hegemónico, marginados a la invisibilidad y alojados en la casilla de «poco deseable». Esa casilla provoca que muchas personas se sitúen en el marco de lo que en ASDECOBA se ha denominado la «no vida».

La resistencia de quienes se saben periferia

ASDECOBA (Asociación de Desarrollo Comunitario de Buenos Aires) es una asociación que enraíza en los márgenes. El barrio de Buenos Aires en Salamanca es un lugar, un no-lugar para algunos, creado para no ver lo que en él habita; un lugar donde, en su día, se quiso apartar todo lo que enturbiaba la imagen de una ciudad decorado. Pero en ese margen también nace la resistencia y la conciencia de quienes se saben periferia y saben que solo lo comunitario podrá sostener sus vidas. Así, en ese contexto, durante sus cuarenta años de existencia, nacen múltiples asociaciones: vecinales, culturales, deportivas, de mujeres, de jóvenes..., y se conforma un paraguas común, ASDECOBA, desde el que construir juntas para sostener vidas. Y es en ese contexto en el que se trabaja, además de con las personas del barrio, con otros colectivos vulnerables, como personas en prisión o personas en situación de calle. Personas, todas ellas, que al igual que el barrio, se saben excluidas y con pocas casillas más allá de la «no vida». En ese contexto y gracias al trabajo

de muchas y del impulso de una persona con tiempos, redes, imaginación y toda la voluntad, que además es el párroco, se han puesto en marcha múltiples iniciativas que buscan como objetivo principal sostener la vida utilizando todas las herramientas que tienen a su alcance.

A pesar de situarse en lo urbano, ASDECOBA ha trabajado desde sus inicios con una mirada de puente urbano-rural. En parte por los orígenes de las personas que lo conforman (hoy en la ciudad, pero todas de familias venidas del medio rural) y también por entender lo rural como parte del margen y del abandono. En esos caminos de sostener vidas, se vio necesario contar con espacios que generasen economía desde un modelo social y comunitario. Y ahí se comenzó por lo básico: cuidar y alimentar.

Catering, huertas y obrador

Hace ya más de veinticinco años se comenzó con una iniciativa de *catering* llamada Algo Nuevo, desde lo pequeño, haciendo los pinchos para algunos bares y llevando algunos menús a personas mayores. Se puso en marcha con no pocos obstáculos, pero con manos y cabezas que se empeñaron en que empezara a andar. Hoy esa iniciativa ha crecido, gana licitaciones del Ayuntamiento de Salamanca y reparte diariamente casi mil menús diarios a personas mayores y vulnerables de la ciudad, siendo una empresa de inserción social con vocación de nutrir estómagos y vidas.

Se empezó alimentando y se siguió cultivando. Después de unos años de andadura de Algo Nuevo y pensando en el objetivo tan repetido de «mantener vidas y medios rurales vivos», se dio el paso de comenzar a cultivar la tierra. A través de las redes

tejidas en el medio rural, se consiguió acceder a una finca en la que empezar a cultivar alimentos, con una mirada agroecológica y buscando que fuera un espacio donde personas que han vivido mucho tiempo encerradas pudieran, además de trabajar, respirar. Desde el comienzo, se vio la importancia del acompañamiento de quien iba a alimentarse de esa producción y de ahí nació la Red Saberes y Sabores del Bajo Tormes, un grupo de consumo que desde el inicio buscó sostener a quienes producen; no solo a las huertas de ASDECOBA, sino también a otras producciones locales y agroecológicas. Así, desde hace quince años esta red reparte cestas en el barrio a personas de Salamanca todos los viernes. Lo que comenzó con dos mil metros de tierra cedida, hoy son seis hectáreas cultivadas entre cultivos hortícolas y extensivos en los que se incluyen legumbres y cereales. Por el camino, nació la necesidad de contar con un pequeño espacio para la transformación de excedentes y surgió el obrador Manos Verdes. El cereal cultivado se muele y se lleva a una panadería que se sumó a la familia hace pocos años, después de que se jubilara el panadero del pueblo de Monleras.

En definitiva, se trata de actividades que van encaminadas a cerrar ciclos y poder contar con alimento para las distintas iniciativas. De la tierra, el producto sale hacia el *catering* Algo Nuevo, el grupo de consumo, dos residencias de mayores, una guardería y otro *catering* hermano que se creó en el medio rural y que diariamente reparte casi ciento cincuenta menús a domicilio a personas mayores, además de la casa en el barrio donde comen todos los días las personas acogidas por ASDECOBA, en torno a 20-25 personas diariamente.

La alimentación como derecho

Para el desarrollo de todas estas iniciativas, las claves han sido tener mirada de proceso, comenzar iniciativas que respondieran a necesidades reales y tejer redes que compartan una visión de la alimentación como derecho indivisible básico para todas las personas. Estas redes entienden que el balance prioritario es el de las vidas, no el del banco, y descubrir en el proceso que, cuando el resultado de la vida es positivo, el otro también va saliendo, mientras que al revés todo tiende a negativo. Se han tejido redes entre medio rural y urbano, ayuntamientos, asociaciones, sindicatos, periodistas, con toda persona que ha entendido

Lo que comenzó con dos mil metros de tierra cedida, hoy son seis hectáreas cultivadas entre cultivos hortícolas y extensivos.

que solo desde lo colectivo se puede avanzar en una transformación real. Hoy que escuchamos tanto el relato del colapso es bueno mirar a la periferia para aprender de quienes llevan ya tiempo colapsadas.

En esta iniciativa, alimentar(nos) no es un negocio, es un trabajo que debemos compartir y sostener desde lo comunitario. El empleo es una herramienta para algunos, pero desde el prisma de lo normativo, no accesible para todos. Por esta iniciativa pasan personas con vidas muy rotas que no necesitan la dictadura del empleo normativizado y otras que a ojos de lo administrativo no tienen derecho a trabajar y para algunos ni siquiera a existir. Y, en medio de todo ello, se produce alimento con un manejo agroecológico, se habla de nutrición, de soberanía alimentaria y se vive también cómo el cambio climático afecta a los cultivos y al hacer diario. Si de algo sabe este colectivo, es de tormentas y tempestades, y por eso sabe que para alcanzar cambios hay que empezar con ensayos pequeños y de ahí ver cómo hacerlos mayores. Eso hacen también con las fincas, probar cultivos, asociaciones, manejos..., recuperar saberes, hablar con personas de la universidad; en definitiva, buscar todas las herramientas que sirvan para avanzar y que siempre pasan por relacionarnos con otras. Es importante poder ensayar, pero igual de importante es hacerlo en pequeño y con red.

Para avanzar en este camino, en estos momentos se ha dado un paso más al poner en marcha un espacio en el barrio, el Centro Comunitario de Alimentación, que ocupa las instalaciones donde comenzó Algo Nuevo y que pretende ser, además



Es bueno mirar a la periferia para aprender de quienes llevan ya tiempo colapsadas.

toda la sociedad. Quedarse es siempre una opción, pero nunca una obligación. Ninguna de las personas que aquí llega debe «ganarse la vida», su vida ya la tiene y debe ser digna y con derechos. Lo que se pide es el compromiso de colaborar y aportar desde donde se pueda, sin contratos de permanencia, con unas normas de convivencia, pero sin reglamentos hechos a medida. La diversidad es muy grande, aunque todo se hace desde lo pequeño, desde lo cotidiano, desde lo más local, aprovechando los recursos a los que podemos acceder siempre desde una visión compartida y pensando en cómo reforzarnos unas a otras.

Quienes llevamos tiempo siendo parte de esto que llamamos agroecología, sabemos que la agroecología no se sostiene sin lo colectivo y sabemos, además, que los proyectos colectivos no perduran si los cuidados no son un pilar. En este caso, los cuidados y lo comunitario son los pilares, incorporar a ellos la producción agroecológica ha sido «relativamente fácil». No suele serlo tanto a la inversa, cuando se conoce la teoría para la producción y se necesita incorporar colectivo y cuidados.

En esta iniciativa que nace de un barrio periférico en colaboración con el medio rural, con muchas manos y cabezas de muchos sitios, nos relacionamos diariamente en torno a dos mil personas, entre personas empleadas, voluntariado, personas que reciben alimentos y quienes los producen. Dos mil personas alimentadas desde una iniciativa que nace con vientos desfavorables, muchos nubarrones, en medio de tormentas muy fuertes y con vidas para las que el supuesto bienestar y la estabilidad no llegan a ser ni utopía. Por eso, ver lo que se puede construir en estos contextos periféricos puede marcar caminos para otras tormentas que vengan. La parte negativa es que probablemente no podamos esquivar las tormentas, pero hemos aprendido que podemos crear refugios desde los que construir y en los que guarecernos juntas alrededor de una olla a fuego lento. ●

Isa Álvarez Vispo

ASDECOBA y Coordinación Baladre



de espacio logístico y un lugar de coordinación para las distintas iniciativas, punto de encuentro y formación tanto para las personas del barrio como para todas las que quieran acercarse a sus actividades. Este centro cuenta con una cocina alrededor de la que poder reunirse y que busca también visibilizar y colocar el barrio en callejeros que hoy no aparecen.

Los cuidados como pilar

Mientras escribo, pienso qué difícil es contar esto en pocas páginas, qué difícil sintetizar esfuerzos, trabajos, reuniones, todas las trabas y las curvas que ha habido que superar, empezando por asumir y gestionar nuestras incoherencias, y qué difícil transmitir lo que supone esto para quienes llegan acogidas al barrio. Para la mayoría de las personas que vienen de la cárcel y la calle, este es un refugio, pero también un lugar de tránsito y así debe ser si es lo que necesitan. No tienen por qué decidir quedarse o dedicarse a la agricultura y tan legítimo es ese deseo para ellas como para el resto de la sociedad. Parte de nuestro trabajo es hacer de la agricultura un sector deseable para

Póster de @ene_de_nadia

En este número sobre caos climático queremos rendir homenaje a las personas que ponen el cuerpo en la defensa del territorio. Quienes se organizan para paralizar proyectos especuladores y extractivistas, sean urbanísticos, energéticos, industriales, mineros o turísticos. Quizá tu territorio también está amenazado y tú eres una de ellas.

Te invitamos a completar el collage con tu propio mensaje. Si quieres, puedes compartir tu versión en redes sociales etiquetándonos.



«Mi esperanza es que la **agricultura**
campesina sí tenga respuestas»

CONVERSATORIO

Con nuestra compañera del Consejo Editorial, Leticia Toledo —hortelana en Arcos de la Frontera— como anfitriona, juntamos alrededor de la temática de este número, alimentación y caos climático, a cuatro personas directamente involucradas en el trabajo en la tierra y el mar para producir o extraer alimentos. Queremos saber cómo perciben y cómo les afectan los cambios que ven en su día a día sobre el terreno.

Uxía de Buciños: Yo soy *labrega* en Ourense, en el interior de Galicia. Desde hace ocho años produzco hortalizas variadas en un proyecto agroecológico de agricultura sostenida por la comunidad en el que participan 55 familias. También me dedico a la venta directa en el mercado de Allariz, donde tenemos un grupo de productoras (campesinas y ganaderas). Formo parte del Sindicato Labrego Galego.

Águeda Vitoria: Desde hace un tiempo combino embarques como marinera de cubierta con otros en los que soy observadora de control pesquero. Estoy entre Alicante y Marín (Pontevedra). Estoy sacándome el título de patrona local de pesca, que permite el gobierno de embarcaciones de artes menores, porque siempre he trabajado en arrastre y me apetecía probar también algo a menor escala.

Ruth Carbonell: Soy ganadera, desde hace cuatro años tengo un rebaño de sesenta cabras, una cosa modesta, todavía. Antes tenía mi rebaño en Guadalajara, hasta hace un año, cuando vine a la sierra de Aitana, en Alcoleja (Alicante) porque soy originaria de esta provincia. Me dedico al pastoreo y la idea es tener quesería propia. Ahora también trabajo para el Observatorio del Pastoralismo Extensivo del Mediterráneo.

Sergi Caballero: Yo estoy viviendo en Mas Les Vinyes, una comunidad de diez personas en la Catalunya central. Tenemos un pequeño rebaño de unas sesenta ovejas, producción de fruta, verdura, huevos, pollos y un par de cerdos para autoconsumo. Uno de mis abuelos era pastor en Cuenca y el otro era hortelano en Extremadura. Ahora yo estoy haciendo de pastor y de hortelano, parece que estuviera integrando los dos ramales de mis antepasados.

¿Qué cambios climáticos se observan en vuestros territorios?
¿Os afectan en vuestro desempeño?
¿Cómo intentáis adaptaros?

Águeda: Yo, desde que he vuelto al mar, al arrastre en el Mediterráneo, estoy viendo cosas que no había visto. En el sector pesquero tenemos un problema, porque hay poco diálogo entre nosotros y la comunidad científica. Ese intercambio podría ayudarnos, los centros de investigación se podrían beneficiar de los datos que aportamos, porque somos unos observadores privilegiados y es una lástima que esto no se aproveche más. Aunque creo que no tenemos que fiarnos siempre de las percepciones directas que podamos tener de una situación que puede ser muy puntual, me ha llamado la atención el aumento del número de ejemplares de atunes rojos, que ya están a lo largo de todo el año, o los *blue runners*, un tipo de jurel que hace veinte años no se veía y que vive en el Índico, o un tipo de langostino del golfo de México. También aparecen especies que causan alerta porque son peligrosas para el consumo. Las personas que trabajamos ahí tampoco sabemos muy bien cómo proceder cuando vemos esto. Supongo que las instituciones científicas harán sus investigaciones, dirán si podemos pescarlo y consumirlo, y, por tanto, en los próximos años el mostrador de la pescadería va a cambiar y lo que veremos no será lo mismo que vemos hoy. No lo sé.

Ruth: Yo estaba en una zona de un pasto buenísimo y ahora estoy aquí en el Mediterráneo. Además, llegué justo después de tres años de sequía acumulada. Este año los ganaderos han tenido que comprar forraje porque no había nada para comer. Donde más se nota es en las fuentes de agua.

Uxía: Mucha gente no lo sabe, pero en Galicia también tenemos bastantes problemas, hay aldeas y pueblos que se quedan sin agua en verano. En alguno de los terrenos que cultivo se me secaron los pozos y es una ansiedad constante que llevo en el cuerpo. Ahora los veranos pueden empezar en mayo y acabar en diciembre, hay heladas muy tardías, plantaciones que espigan antes de tiempo y es un estrés para las plantas y para las campesinas. También hay zonas con exceso de lluvias. Este año se perdió el 80 % de la cosecha de Faba de Lourenzà por los hongos. Hay plagas de insectos que no acaban sus ciclos y continúan todo el año. Para salir del paso vamos probando, pero con la sensación de que invertimos muchísimo

Las semillas son las grandes aliadas y las grandes olvidadas.

tiempo y energía en algo que igual el año que viene no vale. Algo que hacemos es ponerlo en común, justo ayer tuvimos una reunión en la que tratamos todos estos temas y salieron un montón de cosas, como aprender a regar mejor, recuperar todo ese conocimiento que no queremos que se pierda, saber más de semillas, que son las grandes aliadas y las grandes olvidadas.

Sergi: Los cereales ya no siempre hacen su ciclo completo. Antes se sembraban dos veces al año y ahora es muy difícil, porque en verano no queda reserva hídrica y en invierno puede haber sequía y calor. Ahora hay que regar la patata y cultivar maíz es impensable, los frutales ya no funcionan por el estrés hídrico, tenemos suelos empobrecidos y compactados. Si hay una ola de calor, puedo guardar los animales en el establo, o comprarles comida si no tengo, pero no puedo hacer eso con los frutales. A mí se me ha muerto el 70 % de los albaricoques y los estoy sustituyendo por higueras, pero es mucho más difícil comercializar el higo que el albaricoque. La gente quiere fruta jugosa, con agua, pero tampoco podemos hacer milagros. Ya no puedo hacer la poda de algunas especies de frutales en primavera, porque ahora las heladas tardías son más frecuentes y hay árboles que cicatrizan muy mal. Aquí la judía va a desaparecer; aunque la riegues, no crece. Esa judía tierna que me traían mi abuelo y mi abuela en julio y agosto ya no está encima de la mesa.

Las respuestas que buscáis, ¿las ofrece la agricultura tecnológica e inteligente?, ¿las ofrece la agricultura campesina?, ¿o no hay respuestas?

Uxía: La agroindustrial no, ni la tecnológica ni la moderna. Mi esperanza es que la agricultura campesina sí tenga respuestas. Por lo menos por todos los años que se lleva cultivando la tierra como lo hacemos nosotras ahora.



Ruth: Esto que dice Sergi lo dicen también los pastores mayores, que la ganadería es más segura porque puedes comprar forraje cuando hace falta. El factor más limitante es el agua, pero también se puede desplazar en cubas. La ganadería extensiva supone pensar mejor cómo, cuándo y dónde vas a pastorear. En mi caso, puedo pasar el verano en la montaña, donde aún hay pastos. También hay una serie de herramientas que está usando muchísima gente en ganadería, como los collares con GPS con un vallado virtual integrado y en determinadas zonas es una herramienta que nos puede ayudar. Yo misma a veces lo digo: ojalá lo tuviera. Pero, claro, ¿qué impacto ambiental tiene esa tecnología?, las baterías, los collares. Al final nos ayuda en un lugar, pero nos *desayuda* en otro. ¿Cómo lo podemos hacer? Necesitamos más gente trabajando en esto.

Águeda: En nuestro caso, hay una gran diferencia entre la capacidad de adaptación de las embarcaciones de litoral, que son empresas familiares, y los buques de pesca industrial. A una gran empresa pesquera, que tiene barcos de millones de euros en África, Sudamérica y Noruega, lo mismo le da; va a tener la capacidad de ir más lejos. Nuestro ámbito es el Mediterráneo, no vamos más allá de las 20 o 30 millas. En cambio, ellos pueden irse al otro lado del mundo. Con la acuicultura pasa lo mismo, pueden meter otras especies o trasladarse a otros mares, pero tú no puedes mover tu batea.

Sergi: Yo veo una gran ventaja en las variedades antiguas de cereales, que generan mucha más biomasa. Eso permite coger una parte para el ganado y dejar otra para restaurar la fertilidad del campo. Pero en fruticultura industrial, a los árboles que no aceptan la poda a destiempo les meten un chute de un producto y los duermen para podarlos. Los perales hace años que están totalmente desorientados y después de la cosecha vuelven a entrar en flor. Luego también veo cosas terribles. Cada año hay gripe aviar en invierno, y eso no pasaba antes. Con las ovejas hay que estar muy atentos porque hay nuevos parásitos, o son más frecuentes, como el *Dricocoelium dentriticum*, que aquí afecta en épocas de sequía. Yo perdí muchas ovejas. No hay una solución mágica. Ya no puedo hacer trashumancia porque no tengo el conocimiento, ni el tiempo, ni los permisos, entonces las tierras no descansan y hay nuevos parásitos. La agroecología tiene sus retos, porque tienes que trabajar con un suelo vivo, que necesita sus tiempos. Creo que la solución al final es tan fácil como entender que no podemos consumir pimientos todo el año.

Uxía: La agroindustria no ofrece ninguna solución, la agroecología es la solución: mantener un suelo vivo, cultivos diversificados, cambiar el modelo de consumo y las políticas agroalimentarias. Mis consumidoras saben que no hay judía, pimiento y tomate todo el año.



Hay que cultivar la tierra y las relaciones humanas por igual.

parece no importar el calentamiento del mar: es algo que pasa casi inadvertido porque ya estamos bastante agobiados con otros problemas como el relevo generacional o los bajos salarios. Aunque también me asustaría ver que el cambio climático se convierte en una especie de chivo expiatorio porque no conviene explicar otras cuestiones relacionadas con el turismo, la contaminación de las aguas, la agricultura intensiva y lo que desemboca en el mar.

Sergi: Hace muchos años que hablamos de la muerte del campo y de la agricultura, pero cada vez hay más comida en los supermercados. A nivel emocional lo paso bastante mal, sobre todo los meses de calor. No puedo compartirlo con cualquiera porque hay quienes no pueden sostenerlo. Veo a la gente tomando la cervecita en el bar y me enfado con el mundo. Mi mecanismo de defensa es no parar de hacer cosas, implicarme políticamente. No me puedo conectar solo con esto porque siento que me rompo. Ruth decía que a los animales les puedes dar comida, pero hace tres años aquí mataron mucho ganado porque no había comida y no se podía pagar el precio de la hierba ni del cereal. Veías a los ganaderos destrozados. Pero la vida sigue, esto no sale en las noticias, parece que no importe, como si hubiéramos alienado la cosa más básica, que es la comida.

Estáis hablando de un sentir que, además, es muy corporal. Sin embargo, también hay un enfado hacia las políticas neoliberales que promueven el individualismo. ¿Cómo le hacéis frente?

Àgueda: En el caso del sector pesquero es difícil, porque no existen las redes colectivas que hay en el campo. Es un sector muy conservador y los años de dificultades y la falta de afiliación sindical, explican la atomización y la pérdida de las cofradías como espacios que eran mucho más que el lugar donde se comercializaba el pescado.

Ahora tu barca es tu empresa. En Galicia es diferente porque hay una masa social importantísima, todos los sectores del mar están presentes y hay mucha diversidad y eso hace que la fuerza que tienen a nivel organizativo sea superior al resto de la península. Aquí, en Alicante, las cofradías han quedado como meras entidades administrativas, se ha perdido la conexión entre los trabajadores y no se han consolidado organizaciones alternativas para hacer reclamaciones o para compartir las dificultades, lo que desanima bastante. Mi enhorabuena a quienes podéis compartir vuestras penas, porque es lo que hace que no tires la toalla.

Uxía: Yo sufro un montón, lo llevo en el cuerpo desde que empieza el sol hasta que acaba. Me ayuda ponerlo en colectivo, hablar con mis consumidoras y llorar, que entiendan nuestra realidad. También conecto con la impotencia y la rabia, porque aquí al lado producen monocultivo de patata, un cultivo de secano que riegan diariamente. Están gastando un agua común mientras yo no estoy regando mis repollos. Pero ese también es el combustible para meterme en organizaciones. Me pesa creer que la solución está en mí

cuando tiene que ser una solución colectiva. Yo no puedo aportar más. Pero visto cómo está el mundo y las políticas, pues entra el agobio.

En la sociedad, ¿apreciáis señales favorables al cambio?

Ruth: Si no viéramos señales de cambio, no podríamos aguantar. La cosa es que es minoritario. Hay gente que valora lo que estás haciendo, aunque a veces lo hace desde el romanticismo, pero también desde la realidad de lo que supone. Si no entienden el valor que tiene, hay que hacer

En los próximos años el mostrador de la pescadería va a cambiar.



Sergi: En Catalunya la *pagesia* dice mucho lo de «nuestro fin será vuestra hambre». Pero siento que es mentira, ahora pueden traerte comida de cualquier punta del mundo en doce horas. Me parece muy triste. Tengo la sensación de que, si pudieran, se cargarían toda la pequeña producción para tener el sector mucho más controlado.

¿Cómo os están afectando todos estos cambios a vosotras como personas, todas estas incertidumbres?

Ruth: Tengo la suerte de tener muy buenos amigos y estar unida a personas que trabajan en lo mismo en otros territorios. Como acabo de empezar, todavía tengo mucha ilusión y eso me sostiene. La queja del sector está justificada, no es agradable ver morir a los árboles, ni ver que tus animales no tienen para comer.

Àgueda: Para mí lo preocupante es ver que esto no se considera un problema de primer orden. La situación en el sector, sobre todo en la bajura, es penosa. Encontrar una especie que no habías visto nunca o que otra haya desaparecido parece que solo preocupa cuando un segmento importante de la flota deja de ganar millones. Si trabajas en el Mediterráneo, es imposible no asustarse, pero

que lo entiendan, que es otro trabajo. Pero al final es obligatorio tener una red de afinidad y de apoyo. Yo siento que la tengo y que hay gente que quiere comprar mis productos. Otra señal favorable es que hoy está un chico pastoreando, gracias a eso estoy yo aquí, y gracias a mí él puede practicar, porque ya no quedan pastores. Hacen falta nuevos referentes. Entonces, tienes que estar para que otros puedan estar en el futuro.

Sergi: Crear red es indispensable. Hay que cultivar la tierra y las relaciones humanas por igual. Me puedo valer de mi esperanza, pero decidme algún indicador que vaya en positivo en los ecosistemas, yo no lo encuentro. La gente no puede pagar alquileres, esto está a punto de petar, quizá se sostenga unos años; pero ¿cómo se está sosteniendo?, porque no lo entiendo.

¿Queréis añadir alguna otra cosa?

Leti: Me he emocionado cuando hablabais de los dolores. Siento que estamos solas y que somos las que resistimos. Como decía Uxía, es gracias a las personas que se comprometen conmigo y me preguntan cómo estoy cuando les doy una caja de verduras; eso tiene un valor incalculable. Pero todo el rato está presente la sensación de estar sola. Y esta soledad es sistémica, porque el sistema capitalista no te da las respuestas, pero es que es algo muy grande como para tener tú la solución. Siento que lo puedo compartir con muy poca gente, o casi con nadie. De repente me veo que tengo que sembrar y no puedo. Me estreso, me angustio mucho en primavera. El año pasado tuve muy poca verdura y realmente lo pasé mal. Siento mucha vulnerabilidad en nuestros proyectos porque hay algo que aún no hemos conseguido: una red agroecológica fuerte, aunque sea simplemente para lo emocional. Es difícil, nos enfrentamos a algo, como decía Sergi, que es la vida. Estamos haciendo vida y es supercomplejo, básicamente porque no la controlamos.

Ruth: Yo pienso en el primer año, cuando todo era superpolítico, y seguramente ahora estoy haciendo mucha más política que entonces. Estoy liberándome de grandes dogmas y tratando de ser más amable conmigo misma, porque es un camino muy largo, pero es un trabajo colectivo. No pasa nada si no se llega hasta donde la teoría dice. Vale, el mundo está loco, pero vamos a entender desde dónde parte cada una, dónde está y de dónde viene, vamos a crear cosas bonitas. Eso me ayuda a socializar sin tener que estar juzgando



continuamente. Yo tampoco sería capaz de estar sola como Àgueda, sin redes no podría continuar.

Àgueda: A ver, tampoco es tan dramático. Hay compañeros buenísimos, y compañeras también, porque, curiosamente, las redes surgen de colectivos femeninos. ¿Por qué precisamente tiene que nacer de las mujeres? Esto nos tiene que hacer pensar. Yo estoy agradecidísima a la Associació Catalana de Dones de la Mar, que son armadoras y pescadoras con las que hay intercambio y apoyo. Tengo compañeros con los que hablo, pero a título individual. Cada uno tiene su pena: qué mal estoy, me voy a arruinar, desguazo el barco. Pero no pasa de ahí, porque no tienes un canal en el que, si tú das ese paso, alguien vaya a acompañarte.

Uxía: También somos muchas las personas que le dedicamos cabeza y corazón a enfriar el planeta, mediante la incidencia social, impulsando políticas públicas, comedores escolares y mercados campesinos a través de la Red de Municipios por la Agroecología o de La Vía Campesina. ●

Revista SABC



EN PIE DE ESPIGA

José Ramón Olarrieta

BIOECONOMÍA, BIOGÁS... ¿QUÉ TIENEN DE "BIO"?

Se acumulan los proyectos de plantas de biogás o de *biometano*. Igual que en el caso de los campos de placas solares o de molinos de viento, se ha abierto una nueva oportunidad de negocio para el capital y una nueva servidumbre para las zonas rurales.

En la llamada *bioeconomía circular* proliferarán los *biohubs* que construirán *biopolígonos* en los que las *bioempresas* fabricarán *bioproductos* mediante *biorefinerías*. Un lenguaje bastante empalagoso para no decir nada nuevo. Pues bien, esta bioeconomía no pretende otra cosa que aumentar todavía más el extractivismo de los recursos rurales disfrazándolo de una *reutilización* y *reciclaje* de las materias orgánicas producidas por los sistemas agrarios para sustituir los materiales que se producen a partir del petróleo o del gas. En el caso del biogás, se añade la excusa de *solucionar* el problema de los «residuos ganaderos» o de su manifestación más polémica: los nitratos.

Pero a aquellas dos R en las que dicen que se basa la bioeconomía se les olvida añadir la primera, la de *reducir*. Reducir el consumo de energía por quienes la malgastan a espaldas. Y, si estamos produciendo un «exceso de residuos ganaderos», la primera estrategia tendría que ser, no solo reducir, sino evitar estos excesos, que ya dicen que nunca son buenos. Además, se les olvida la doble R de *redistribuir la riqueza* y con ella también redistribuir la energía. Discutir eso llevaría unas cuantas páginas, así que lo dejamos para otro momento.

Las medias verdades sobre el biogás

Las estrategias del biogás se basan en una serie de medias verdades envueltas en celofán de brillantes colores. Una de ellas es que estas plantas producen energía. Pero el balance entre la energía

que se produce en las plantas (en forma de biogás o metano) y la energía que se consume en todo el proceso es, como mucho, precario. Por ejemplo, solo la energía directa que consumen estas plantas en su funcionamiento puede suponer ya un 30 % de la energía que producen.

Muchos estudios al respecto, con el truco —puramente semántico— de considerar como residuos a los materiales que necesitan estas plantas (purines, estiércoles, restos de industrias agrarias, restos producidos en los mataderos...), simplemente ignoran el coste energético que ha supuesto producirlos, como si cayeran del cielo, cuando este coste puede suponer un 50 % de la energía producida por la central. Porque hay que cultivar la soja y el maíz, fertilizarlos, cosecharlos, importarlos (en buena parte desde Sudamérica), fabricar el pienso, tener calentitos a los animales en la granja, etc.

Por otra parte, esos estudios también ignoran el coste energético de construir las plantas, con todos los materiales que necesitan. Y ni se plantean lo que costará energéticamente desmantelarlas, ni tampoco quién tendrá que asumir este proceso o si, sencillamente, nos las dejarán de recuerdo.

Pero aun así, sin tener en cuenta este aspecto ni contabilizar el coste energético que cargan los residuos y materiales que se consumen, los balances energéticos de estas plantas salen negativos si las distancias a las que recogen estiércoles son superiores a 22 km, o a 70 km en el caso de restos de matadero.

Las deyecciones animales siempre han sido, y deberían seguir siguiendo, la base de la fertilización de los suelos agrícolas.

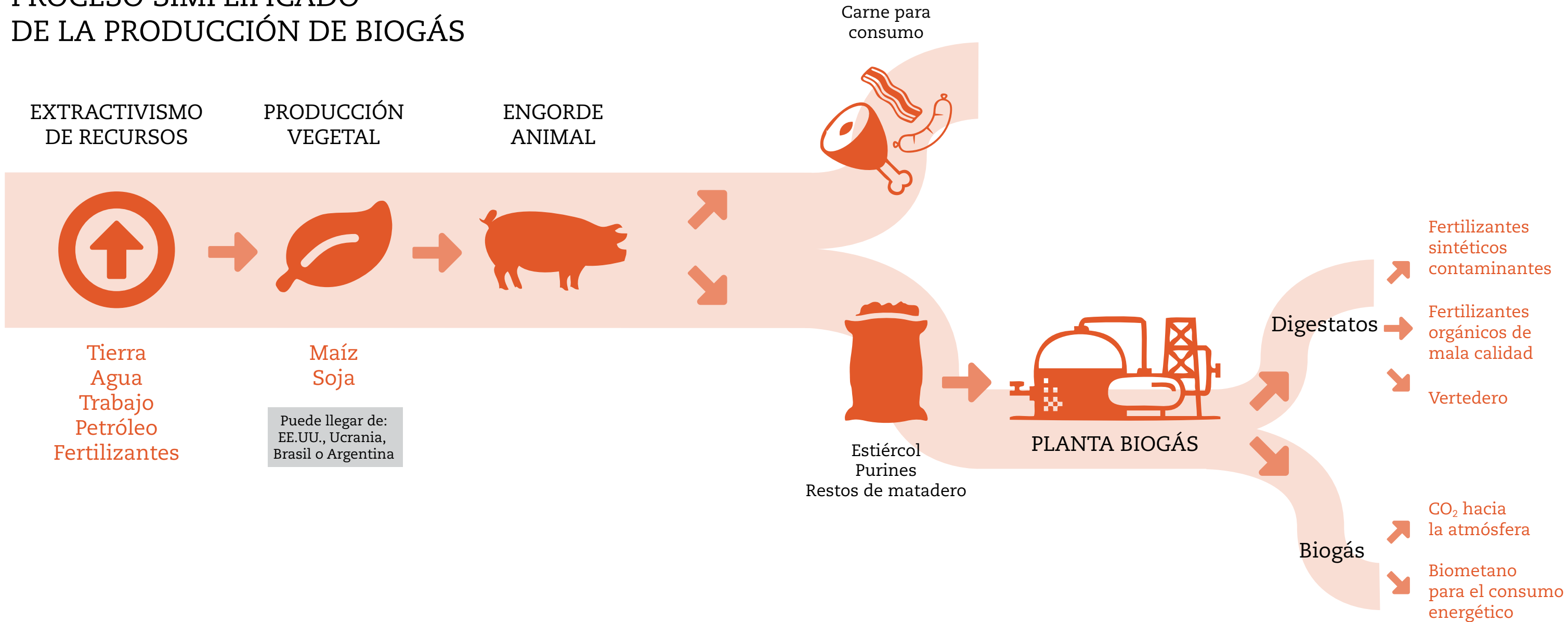
Otra media verdad es afirmar que esta energía es renovable, porque, como más o menos se puede intuir de lo anterior, esto no es así. No tenemos que hacer nada para que el sol brille, ni tampoco para que el viento sople, o las mareas suban y bajen. Pero todos los materiales que necesitan las plantas de biogás tenemos que producirlos y en estos procesos de producción no solo tenemos que gastar energía obtenida de combustibles fósiles, sino también otros materiales fósiles, como los abonos fosfóricos o potásicos. En el caso de las minas de fosfatos, algunas previsiones dicen que se agotarán en 200-400 años; es decir, que no son esencialmente diferentes del petróleo o del gas natural. Y una tercera mentira es que todos estos materiales que requieren las plantas de biogás se consideren como «residuos» que necesitan

«valorizarse». Pero ni una cosa ni la otra. Si las plantas de biogás en funcionamiento en Europa están pagando a los ganaderos el equivalente a unos 20 €/MWh por las deyecciones de sus animales, quiere decir que estas deyecciones sí tienen un valor. En cambio, esas plantas están cobrando 40-50 €/MWh por materiales, como los fangos de depuradora, que sí son residuos porque su destino alternativo es el vertedero. Las deyecciones animales siempre han sido, y deberían seguir siguiendo, la base de la fertilización de los suelos agrícolas. La producción de biogás implica extraer parte de la materia orgánica que tienen las deyecciones para transformarla en metano y dióxido de carbono. Así, en una planta que utilice unas 500.000 t de materiales se extraerá el equivalente a unas 40.000 t de

materia orgánica que no se aplicarán a los suelos, sino que se quemarán un momento u otro. Si se necesitan unas 10 t al año para mantener el nivel de materia orgánica en 1 ha de suelo, esa cantidad que se extrae para producir biogás se la quitamos a 4.000 ha de tierra. A largo plazo, por tanto, los suelos tratados con los digestatos (fangos que quedan después de transformar todos esos materiales orgánicos en metano y dióxido de carbono) acumulan un 13-50 % menos de carbono orgánico que los tratados directamente con purines.

El problema de los nitratos persiste
Fomentar las plantas de biogás implica, por tanto, una mayor extracción de los recursos de las zonas rurales y limitar la capacidad que pueden tener estas para conservar o mejorar sus suelos

PROCESO SIMPLIFICADO DE LA PRODUCCIÓN DE BIOGÁS



Samuel Ortiz Pérez

como base fundamental de la actividad agraria. Por otra parte, la Unión Europea ya está preparando una directiva que exigirá que los suelos tengan unas concentraciones mínimas de materia orgánica, a las que actualmente no se llega en la mayoría de los casos. La proliferación de plantas de biogás no solo no ayudará a conseguir esos objetivos, sino que aumentará el precio que los agricultores tendrán que pagar para conseguir estiércoles para sus campos.

Las plantas de biogás tampoco aportan nada para solucionar el problema de los nitratos. El mismo nitrógeno que hay en los purines y estiércoles sigue estando ahí al final del proceso, en los digestatos. Y con esos digestatos, o con los productos derivados de ellos, habrá que hacer algo. La situación será la misma que ahora: hemos concentrado cantidades enormes de nitrógeno en granjas sin tierra y habrá que ver a quién se las podemos endosar. Porque, además, los digestatos no son ningún chollo. Especialmente si se producen a partir de purines de cerdos y no se han tratado por ósmosis, son materiales muy salinos y, por tanto, peligrosos para los cultivos y sin ninguna propiedad que los haga mejores que los purines iniciales. De hecho, el planteamiento actual de muchas plantas de biogás consiste en compostar el digestato, porque, si no, tiene muy mala salida.

Quien gana, quien pierde

La circularidad del biogás en una bioeconomía global no es más que retórica. El viaje de la soja y el maíz sudamericanos hasta la carne que comemos o hasta el biogás que quemamos en la cocina es lineal y sin billete de vuelta. En el colmo del cinismo, la UE quiere poner en marcha una normativa —el Reglamento sobre productos libres de deforestación— para «evitar la entrada en el mercado europeo de productos asociados con la deforestación». Pero no parece tener intención de ser congruente y dejar de importar soja de Brasil, aunque sus propios estudios muestren que la producción de esta soja está relacionada directa o indirectamente con la deforestación y que estos cambios de uso implican grandes emisiones de CO₂. Y si a estas emisiones les añadimos, entre otras, las pérdidas de metano que se producen en las plantas de biogás y las que emite el digestato, el ahorro en gases de efecto invernadero de estas plantas también es más que dudoso.

El mismo nitrógeno que hay en los purines y estiércoles sigue estando ahí al final del proceso, en los digestatos.

La burbuja del biogás implica el apuntalamiento de la industria ganadera, desligada de la tierra, incapaz, no solo de producir, ni siquiera indirectamente, la alimentación de su ganado, sino también de utilizar las deyecciones de este. El biogás diversifica el negocio de esta industria y pretende hacer creer que el problema de los nitratos desaparece por arte de magia. Y el otro ganador en todo esto es, como siempre, el gran capital, los fondos de inversión que huelen la burbuja y las subvenciones que les permitirán hacer un buen negocio a corto plazo. Y las empresas gasísticas que van a vender con «certificado verde» este biogás para que otras empresas lo compren y puedan justificar su propia contaminación.

José Ramón Olarrieta

Profesor de Edafología y Química Agrícola en la Universitat de Lleida

Destellos de soberanía alimentaria

UN RECORRIDO POR EL PAÍS VALENCIÀ

Criterios impulsados por la soberanía alimentaria se van asumiendo en diferentes sectores de la cadena agroalimentaria en todos los territorios del Estado. Una diversidad de iniciativas que durante un año hemos analizado desde la mirada de la geografía y que, frágiles y con una capacidad de transformación limitada, ofrecen una presencia y una resistencia inspiradora.

La soberanía alimentaria se ha convertido en un principio trascendental para afrontar los desafíos estructurales que afectan a todo el sistema alimentario y, también, al devenir del planeta. A través de diferentes criterios, prácticas y saberes, emanan un sinfín de pequeñas iniciativas que, *per tot arreu*, buscan fortalecer la producción local, garantizar una sustentabilidad ambiental, la supervivencia de los agroecosistemas, y asegurar una alimentación más saludable para la población desde lo pequeño y desde lo cercano. En el caso que nos ocupa, nos hemos acercado a conocer algunas experiencias en diferentes sectores del País Valencià.

Calidad: directamente vinculada a la agroecología, las certificaciones (Eco, SPG) y la promoción de marcas territoriales, la recuperación de prácticas, variedades y cultivos tradicionales, y asegurando un alto nivel nutricional y saludable.

Proximidad: estrechamente ligada a la configuración de circuitos cortos de comercialización y de venta directa (reducción de intermediarios), así como a la distribución en mercados locales, tiendas propias o pequeño comercio, la recuperación de espacios en Mercados Centrales.

Soberanía: claramente aferrada a la capacidad de reconstruir proyectos colectivos, autónomos y

cooperativos que fortalezcan nuevas relaciones sociales y de poder. Ello incluye una mirada más integral y holística en el proceso de producción, distribución, consumo con base en un desempeño de relaciones comunitarias y educativas y de alternativas económicas materiales (comunicación, tecnología, energía, etcétera).

Alrededor de los productos de la huerta y del campo, nos hemos encontrado con un buen número de propuestas que abordan cuestiones muy variadas, como la importancia de los circuitos cortos de comercialización, las redes económicas alternativas, la promoción de productos locales tradicionales, la generación de marcas territoriales de calidad y el desarrollo de cooperativas para el consumo y la promoción de productos agroecológicos. En todas ellas, la variable de la proximidad, la salud, la temporalidad y la justicia social, son protagonistas. Igualmente, destacamos la vigencia de bancos y redes de semillas que tratan de conservar la biodiversidad cultivada y generar propuestas de resiliencia territorial basadas en la agroecología y en la memoria y saberes transmitidos de generación en generación. El valor de estos conocimientos cobra una dimensión identitaria en cada territorio y comarca que trasciende al ámbito agrario y alimentario.

Se ha identificado la vigencia de luchas sociales y ambientales, en contra, por ejemplo, del

Viñas de variedades tradicionales en secano.
Monòver (Alacant). Foto: La Zafra



44 extractivismo (el mármol en particular) o de los macroparques solares, y, por otro lado, la apuesta por la reforestación como acción necesaria frente al deterioro de los agroecosistemas. También la custodia de espacios para la regeneración de la naturaleza, que hacen frente a las imposiciones de otras lógicas mercantiles, de la contaminación y de la pérdida de suelo fértil y fuentes de agua.

En el ámbito de la ganadería hace tiempo que diferentes iniciativas mantienen y reimpulsan la ganadería extensiva, en ocasiones trashumante, como alternativa sostenible frente a modelos industriales de producción de carne y lácteos, con la recuperación y cría de razas autóctonas (como la oveja guirra), que puede contribuir a la conservación de un paisaje rural de gran valor, incluso a la prevención de incendios o la defensa frente a la deforestación o desnaturalización de áreas rurales. Otra de las líneas de actuación es la producción de quesos y carnes ecológicas, certificadas, y la configuración de canales de venta directa a comercios y restaurantes de proximidad.

Por su parte, en el sector pesquero, las cofradías valencianas promocionan la importancia de ofrecer producto de calidad y de proximidad a través de la venta directa en mercados cercanos (mercados centrales, lonjas o pequeño comercio). También se impulsa la creación de

marcas territoriales de pescado que visibilicen la relevancia, la calidad y el valor agregado del producto. Por las nuevas exigencias ambientales europeas, existe una fuerte preocupación del propio sector por cómo establecer una práctica de capturas que sea sostenible y de menor impacto en los entornos marinos.

Finalmente, es preciso mencionar la importancia de la promoción de una gastronomía de calidad vinculada al territorio, a los productos locales y a los proyectos pequeños distribuidos por todo el País Valencià, que posibilita la dinamización de los sectores estratégicos de la economía valenciana, así como la recuperación de sectores en crisis casi permanente como es la actividad agraria, ganadera y pesquera. ●

Samuel Ortiz Pérez

Profesor de Geografía. Dpto. Geografía Humana de la Universitat d'Alacant

Este artículo cuenta con el apoyo del Departamento de Geografía Humana de la Universitat d'Alacant, en el marco del proyecto Experiencias innovadoras de la cadena agroalimentaria en la Comunidad Valenciana, financiado por la Generalitat Valenciana.



VISITAS DE CAMPO

La visión que tiene Águeda del proyecto pasa por la parte de artesanía que tiene la producción de alimentos.
Foto: Ecopipa



María Herrero

Ecopipa

EL REFUGIO QUE BUSCAN LAS SEMILLAS EN PADILLA DE ARRIBA

En las extensiones enormes de cereales, que desde hace milenios tienen en las semillas su sustento, sujetos al territorio como un grano que queda enterrado entre los tabones, conversan José Félix y Águeda, dos de las personas que han hecho de la búsqueda, el cuidado y el conocimiento de las simientes su modo de vida a través del proyecto familiar y de conexión con el entorno que es Ecopipa.

Para llegar a Padilla de Arriba, en la comarca Odra-Pisuerga de Burgos, hay que enfilear una larga carretera que parece no tener fin. La vía transformó el paisaje en su día y hoy divide las extensas llanuras de la zona que van a toparse, a lo lejos, con la Peña Amaya.

Podría decirse que el quehacer de Ecopipa se remonta al momento en el que los vacceos comenzaron a expandirse por la planicie de la meseta. Su conocimiento de la agricultura y la

ganadería hizo que este pueblo prerromano consiguiera subsistir en estas llanuras que, en la actualidad, siguen siendo eminentemente cerealistas. Su actividad, sin embargo, ha llegado cambiada hasta estos días: lo que en su momento fue un modelo de producción basado en la autosuficiencia y el equilibrio con el entorno, ha sido progresivamente modificado por siglos de dominio, explotación y concentración de la tierra por parte de unos pocos.

Padilla de Arriba es el lugar donde la iniciativa echó raíces en los años ochenta para después ver nacer Ecopipa en el 2005.

Foto: Ecopipa



Variedades antiguas y cierre de ciclos

Con la mirada puesta en conseguir la autonomía que tenían estas civilizaciones, las raíces del proyecto se sitúan en los años ochenta del siglo pasado, cuando arraiga «el compromiso con el territorio, la comarca y las personas que aquí habitan», como explica José Félix, y su desarrollo lleva al que sería el nacimiento de Ecopipa en el año 2005, momento en el que «damos el cambio a la actividad bio», añade. La transformación —tan presente en todo el proyecto, no solo a nivel agrícola— es clave: de girasol a aceite, de simientes a harina, de lo grandioso a lo cotidiano, de fuera hacia adentro. «Son cambios que no se hacen de la noche a la mañana, a través de la gestión vas adquiriendo mayor autonomía y decisión en el proceso».

El modo de trabajo de Ecopipa no es distinto al del resto de agricultores que realizan otro tipo de agricultura en la zona, «lo único que difiere es que en nuestros campos no hay abonos químicos, ni herbicidas ni pesticidas», detalla José Félix, quien destaca que la rotación de cultivos es importante, «para dar continuidad» y también aprovechar mejor todo lo que les ofrece el campo. Dos características clave para lograr que el producto tenga

calidad: «Vivimos con los ojos y los oídos bien abiertos para aprender y que nuestros productos respondan a aquello que intentamos conseguir». Con esta visión, Ecopipa ha hecho del aceite de girasol su producto principal, «porque quizá es el único que se produce a nivel peninsular», añade Águeda.

Águeda es quien explica el resto de los procesos que se llevan a cabo en Ecopipa, como las harinas que se transforman a partir de cereales que cultivan. Ella misma detalla que trabajan con «variedades antiguas», que es lo que «genera resonancia en Ecopipa», apostilla. El hecho de poder mantener ciertas semillas para descubrir su comportamiento en el campo y también en el proceso de transformación en la nave es vital para el proyecto a nivel interno, pero se ha convertido en «la batalla más grande que se está librando a nivel mundial». En realidad, la conservación de estas simientes ancestrales no es distinta de la que se pueda hacer a nivel local o cotidiano, pero las consecuencias para un proyecto como este son desiguales. «Cada vez es más difícil poder tener semillas sin patente, pero conseguir sembrarlas cada año es el objetivo para mantenerlas», añade Águeda. Así, granos como los de la espelta —«o su

tatarabuela, el *monococcum*—, el trigo Florencia Aurora, el Khorasan, el centeno gigantón, el trigo sarraceno o las avenas son algunas de estas semillas que se conservan, se cultivan y se transforman en Ecopipa, todas ellas con altos niveles nutricionales, al contrario que «muchos trigos que comemos que son híbridos, están tremendamente modificados y tienen unas cantidades ingentes de gluten», explica. «Algunas personas que tienen intolerancia sí que pueden digerir los que cultivamos», añade la joven.

Asimismo, en la rotación de cultivos también entran las leguminosas y otras plantas específicas que están enfocadas a fijar el suelo y «que nos permiten cultivar el resto», dice Águeda. El ejemplo es el forraje destinado a su corral doméstico formado por decenas de cabras, gallinas o vacas. «Todo lo que se entiende como residuo agrícola aquí es alimento para los animales», cuenta, que son quienes producen también el abono natural para sus campos. «Y es lo más gratificante para las familias que aquí estamos, es como nuestro supermercado», ejemplifica José Félix, «si necesitas huevos o leche, lo tienes en el corral».

La transformación de la cosecha se hace en molinos de piedra con los que aún van aprendiendo mientras «se suman variedades». Y para más autonomía, ahora han instalado unas placas solares que abastecen una parte de su demanda de energía. «Antes los molinos funcionaban en cauces de arroyos, y ahora lo hacen con un cauce que está en el tejado de las naves», bromea José Félix.

Cooperativismo libertario, esfuerzo y diversión

Ecopipa es un proyecto impulsado por la familia Becerril Bilbao en el que, hoy en día, seis personas vuelcan todos sus esfuerzos. Además de José Félix y Águeda —que trabajan en encauzar la transformación y salida de los productos— están también Musta, Bruno, Rodrigo y Lara. Aunque, como dice José Félix, «nos movemos a la demanda». La labor de Ecopipa es estacional —como el resto de las tareas del campo—, pero en la nave siempre «te toca hacer algo», y hay labores de las que no se pueden librar fácilmente: la ardua burocracia. Lo que no se trabaja con la azada, también ha de despacharse con la misma destreza. Su funcionamiento es abierto y flexible, y todas las personas aportan sus ideas y tienen la libertad de desarrollarlas con el apoyo del resto para alcanzar el fin principal: «Que sea viable y disfrutarlo».

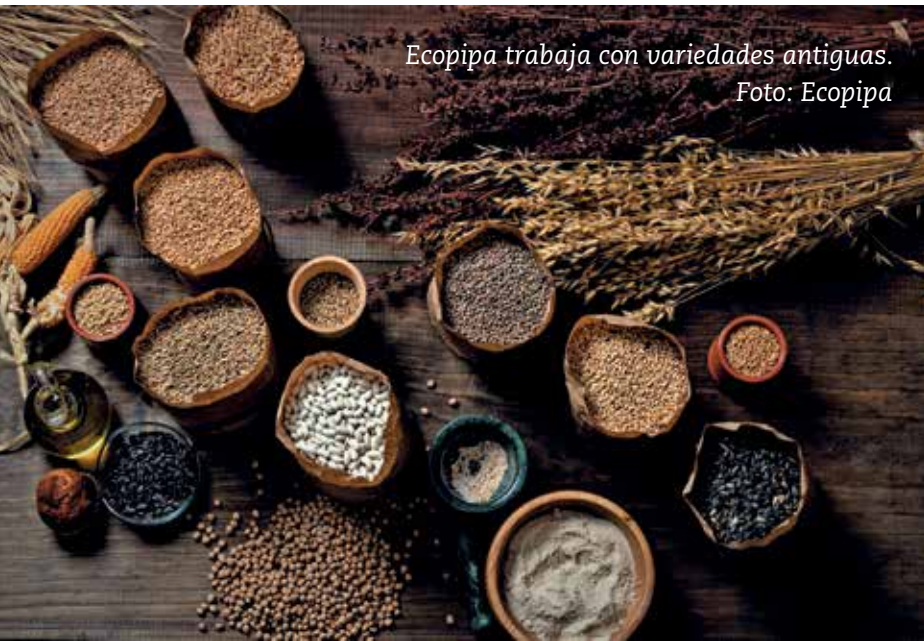
Aunque el grano en la tierra de Ecopipa es esa transformación, José Félix y Águeda cuentan que el proyecto no se hubiera espigado de igual manera sin el arrullo de la Universidad Rural Paulo Freire Tierra de Campos de Amayuelas de Abajo, en Palencia. Las experiencias compartidas y los conocimientos que les llegaron desde un principio, y que les han «salpicado o bendecido muy gloriosamente», puntualiza José Félix, han cimentado la manera de entender los cultivos y los procesos en las últimas décadas en Padilla de Arriba. Los encuentros con la escuela palentina comenzaron a finales de los noventa y a través de estos se ha ido forjando buena parte de lo que Ecopipa es hoy. Su participación en ciertos congresos o reuniones les llevó a pertenecer a los grupos de consumo con los que el proyecto de semillas se dio a conocer de puertas para afuera. Aunque José Félix asegura que «han desaparecido buena parte de esos grupos» debido a la deriva «más doméstica y manipulada» de la sociedad actual. Pero gracias a ellos y a las personas que se fueron sumando «a través del boca a boca», Ecopipa consiguió llegar a ese público al que quería destinar sus aceites o harinas. Gentes que se acercan a ellos a través de algunos mercados ecológicos o ferias y que sirven también como un recolector de ideas de otros modos pero misma forma de entender la tierra.

«Mirar hacia adentro»

Y fue precisamente esa manera de comprender su territorio la que resonó en Águeda cuando decidió volver a Padilla de Arriba y meterse de lleno en Ecopipa. Ella forma parte de la generación joven del proyecto, la que eligió regresar después de «años de academia» para darse cuenta de que volvía «hablando de cosas que siempre he tenido en casa», apunta. La «oportunidad» que ve Águeda de «aportar, sentirte realizada y disfrutar con lo que haces» está, en su opinión, unida al «privilegio» de dedicarse al proyecto que siempre ha «mamado», pero sin dejar de lado el toque de atención. «En Castilla y León es bastante complejo acceder a tierra: o viene de familia o no tienes la opción de dedicarte al campo», lamenta. Una realidad con la que conviven decenas de jóvenes en la comunidad y que esta burgalesa ha recibido como la mejor manera de tener su «propio tiempo», además de «estar en familia, compartir y conciliar».

La visión del trabajo —o aportación a Ecopipa— que tiene Águeda pasa por la parte de artesanía que posee la producción de alimentos más allá de

Gustavo Duch



Ecopipa trabaja con variedades antiguas.

Foto: Ecopipa

lo industrial y mecánico. «Creo que gran parte de los males de esta sociedad se dan porque producimos aire», sentencia. Desde su punto de vista, el momento actual es el de «currar hacia adentro». Ahora no se refiere únicamente a las tareas en Padilla de Arriba, sino a una sociedad que sepa que «primero nos tenemos que respetar a nosotras mismas para poder cuidar a quien tenemos a nuestro alrededor y después extrapolarlo al medio». «Es coherencia», apostilla, «y qué mejor que aprender de las plantas, que siempre nos cuidan».

En ese trabajo que mira hacia el interior —algo «sencillo y cotidiano» para ella—, lo fundamental es realizar la labor desde «cada una de nosotras si queremos un mundo mejor y evolucionar a nivel social; si queremos crecer y qué queremos aportar». Esta es la «necesidad» para Águeda, y traduce a Ecopipa como una «excusa o estrategia» para llegar ahí, no solo como un proyecto agrícola. La aportación pasa, desde su punto de vista, por entender qué es lo que necesita el medio y llevarlo a cabo como un oficio o un gremio. «Molaría saber cuál es nuestro lugar y reubicarnos y ocuparlo a nivel social», explica Águeda y pone un ejemplo: «Como las plantas, que cada una tiene una función de autorregulación biológica». Unas funciones que, para ella, se extrapolan también a las relaciones y la revolución de los cuidados. «Actualmente el consumo no es solo de territorio, sino de personas», detalla, «es importante revisar cómo nos relacionamos y nos tratamos».

La labor de repensar una sociedad que vive a rebufo del sistema es la que siempre se ha

planteado Ecopipa, una reflexión que ya existía antes de que naciera el proyecto. José Félix critica que «hemos sido educados a respetar cosas que no favorecen a la ciudadanía en general», por eso la iniciativa que nació en Padilla de Arriba busca «analizar los orígenes, si hay otro punto de partida para que el reparto sea igual o similar para todo el mundo, nazcas donde nazcas». Para encontrarlo se apoyan en la educación y el respeto, en la búsqueda de libertad y de igualdad como mismo punto de partida en cualquier territorio. «Estamos planteando que otra sociedad es posible, pero desde otra gestión, otros parámetros diferentes a los actuales que están superdirigidos, domesticados y, cada vez, más dependientes», explica José Félix.

Y en el camino siguen desde un lugar al que solo intentan «sumar» y que está lleno de posibilidades para ellos. Un espacio que están vaciando de recursos, pero que está «lleno de vida». «El vaciado de un territorio implica, para mí, la degradación total», reflexiona José Félix, «el que no haya humanos no significa que no haya existencia, hay lugares en los que viven 20.000 personas que están más degradados o manoseados». Y finaliza: «Si hay un cuidado de los entornos, para mí siempre están las puertas abiertas para habitarse».

La labor de Ecopipa perdurará hasta que haya «personas en conexión» con el territorio que, para el padillano, «es la única cultura». Ni José Félix ni Águeda miran hacia el futuro. Lo hacen, sin embargo, a un presente que conecta a las gentes con la tierra pasando por la sencillez del cuidado en su versión más primitiva. «Padilla, etimológicamente, viene de *patela*, que es la pala con la que se hace el pan», detalla la joven. Un término que el pueblo heredó de los Vacceos y que perdurará hasta que en los campos de la comarca dejen de convertirse en grandes llanuras de color ocre cuando comiencen a dorarse las espigas. Llenos, eso sí, de semillas que han encontrado en Ecopipa, en José Félix, Águeda, Bruno, Rodrigo y Mustá y Lara, el hogar para crecer. ●

María Herrero

Periodista

El Salvador

INCERTIDUMBRES POLÍTICAS Y CLIMÁTICAS

Las compañeras y compañeros de ADES Santa Marta nos lo advirtieron: el actual presidente salvadoreño, Nayib Bukele, se rendirá a Trump cuando este tome el poder. Efectivamente, el 20 de enero, el nuevo secretario de Estado de EE. UU., Marco Rubio, y Nayib Bukele anunciaron un acuerdo migratorio «sin precedentes», que incluye la deportación a El Salvador de migrantes indocumentados de cualquier nacionalidad que hayan cometido crímenes en territorio estadounidense.

Su intuición, de hecho, es lógica. La Asociación de Desarrollo Económico Social de Santa Marta (ADES), con 32 años de existencia, es una de las organizaciones que con más dureza está sufriendo la política dictatorial del presidente que, de forma totalmente injusta y premeditada, encarceló hace ya dos años a cinco directivos de esta oenegé, básicamente para intentar intimidar y debilitar una organización clave en las luchas y movilizaciones contra la minería, uno de los *negocios* con los que la oligarquía que representa Bukele quiere seguir enriqueciéndose.

«El acompañamiento que hacemos a la población de Santa Marta, casi unas tres mil personas», detalla Alfredo Leiva, integrante de la Junta Directiva de ADES, «nos ha llevado no solamente a trabajar juntas por sus necesidades más sentidas, donde la agricultura y la ganadería tienen un papel básico, sino también a ser parte de las luchas que ahí se desarrollan, y desde la primera década del siglo XXI, especialmente con la lucha antiminera que en este departamento se quiso implementar».

El cantón de Santa Marta se ubica en el municipio de Victoria, departamento de Cabañas. El fruto de esa lucha contra la minería, con repercusión mundial, fue la ley antiminería aprobada en el 2017, aunque, como recuerda Vidalina Morales, presidenta de ADES: «también en ese tiempo fuimos víctimas de persecución y hasta ocasionó el

asesinato de la compañera Dora Sorto, una líder de las comunidades, embarazada de ocho meses, y de los compañeros Marcelo Rivera y Ramiro Rivera».

El pueblo en contra de la minería

Alfredo explica que el desafío actual es muy grande, puesto que no solo deben mantener la labor de la organización junto a las comunidades campesinas, sino también trabajar para liberar a sus cinco dirigentes encarcelados. «Además, ahora también es necesario ahondar en la lucha contra la minería, ya que el 23 de diciembre del año pasado, justo previo a la Navidad, el regalo del gobierno a las comunidades y al pueblo salvadoreño fue derogar la ley que prohibía la minería y ofrecer abiertamente el país a los intereses financieros y extractivistas». Alfredo asegura que El Salvador no es un país que preste las condiciones para la explotación minera y que en las últimas encuestas más del 60 % de la población salvadoreña cree que no se debe hacer explotación minera allí, «pero estamos en un país donde el presidente decide y los diputados solo obedecen. Igual ocurre con el sistema judicial, un instrumento que, en lugar de para impartir justicia, Bukele lo usa para criminalizar a quienes nos oponemos a sus políticas».

Vidalina, veterana en la lucha por la defensa del territorio, señala que estos días se van a cumplir tres años del famoso régimen de excepción



Caravana contra la minería
del 31 de enero de 2025.
Foto: ADES Santa Marta

Ya no tenemos
certeza de
qué debemos
sembrar ni
qué vamos a
recoger.



Manifestación en la puerta del juzgado en
favor de los defensores. 3 de febrero de 2015.
Foto: ADES Santa Marta

impuesto por Bukele, en los que ha habido una alta vulneración y violación de los derechos fundamentales, como han denunciado muchas organizaciones nacionales e internacionales. «Es en este contexto donde se dan estas grandes apuestas del gobierno, como la minería, que nosotras pensamos que no hará más que agudizar la crisis ya existente en nuestro país. La más fundamental, la pobreza en nuestras comunidades, que la explotación minera no va a corregir, al contrario, ya lo hemos dicho en reiteradas ocasiones: la minería lo que genera es pobreza y división social. Lo que genera también es la destrucción del tejido social comunitario y mucha incertidumbre, porque los empleos que la mina ofrece son empleos de hambre, digamos. No sustentan esas necesidades que en realidad necesitamos».

ADES lleva décadas afirmando que quienes obtienen las ganancias de la minería son las empresas explotadoras. Alfredo explica que en estudios pasados se decía que las empresas mineras iban a dejar a El Salvador el 1 % de las ganancias a las municipalidades y otro 1 % al Estado. «Estamos hablando del 2 % que, incluso si fuera verdad lo que dice el presidente de que se generarán 3.000 millones de dólares, el 2 %

que le quedaría a El Salvador sería una miseria y no estaría en correspondencia con los daños que causaría. Por otro lado, otro argumento que maneja Bukele es que para extraer los minerales se usarán técnicas modernas que no contaminan; pero eso es otra mentira porque ninguna mina de minerales se puede explotar sin contaminar el ambiente».

Todo se ha vuelto impredecible

Volviendo al papel principal de ADES, su trabajo con las comunidades campesinas, tampoco en El Salvador se libran de las repercusiones que la crisis climática comporta a quienes producen alimentos. Vidalina afirma que ya son apreciables los efectos del cambio climático y los problemas que toda esta crisis ecológica provoca en el campo. Cuando le pedimos ejemplos, es contundente. «Fíjese que El Salvador es un país extremadamente pequeño, con apenas 21.000 kilómetros cuadrados. Si retrocedemos solo dos décadas, podemos afirmar que nuestros campesinos y campesinas entendían bien el tiempo y la forma de sembrar, y el tiempo de recoger. Pero pasa que ahora, en los últimos años, todo se ha vuelto impredecible. El cambio que estamos percibiendo

en este país es catastrófico, o sea, ya no tenemos certeza de qué debemos sembrar ni qué vamos a recoger. Hay pérdidas de cultivos porque no llueve cuando corresponde o hay demasiada lluvia». Cuenta que el año pasado, en Santa Marta, se perdió más de la mitad de la cosecha de frijol, un alimento básico, y que en otras zonas del país se pierden por completo otros cultivos.

Vidalina suma esta incertidumbre alimentaria y climática a lo que se perfila con la fuerte relación que existe entre El Salvador y Estados Unidos, con presidentes como Bukele y Trump al frente. «Nos preocupa que las políticas de expulsión de migrantes que dice Trump —y que Bukele apoya ofreciendo cárceles— se lleven adelante. Primero, porque una parte importante de la economía del país depende de las remesas que envían quienes migraron. Segundo, porque El Salvador, con una población de seis millones, actualmente no tiene condiciones para recibir una cantidad de migrantes como la que se supone que pueda venir. Vale decir que hay alrededor de dos millones y medio de salvadoreños y salvadoreñas viviendo en Estados Unidos, la mayoría, de forma ilegal».

Alfredo añade que la relación entre Bukele y Trump, parece una relación de amor y odio. Hacen declaraciones uno en contra del otro; sin embargo, realmente Bukele es un presidente a la medida exacta de lo que necesita la política de EE. UU. «No es casual que este gobierno haya vendido que acá tenemos la mejor cárcel del mundo y que ahora se

la ofrezca a Trump. Para ADES es una vergüenza que un gobierno se exprese de esta forma cuando se están deteriorando significativamente servicios como la salud y ha habido cierres de escuelas».

Perder el miedo al régimen

La lucha contra la minería, según nos cuentan ambos, hay que entenderla en otras dimensiones además de como una lucha ecológica. Se está convirtiendo en una aliada para que el pueblo salvadoreño se libere del miedo que este régimen impone. «En 2023», cuenta Vidalina, «hasta que se detuvo a nuestros compañeros, había un clima de miedo generalizado. De hecho, el 95 % de las organizaciones sociales explicaron que se autocensuraban, que no hablaban contra el gobierno por temor a la persecución; pero, al entrar nuestras demandas de justicia en el escenario, se rompió ese clima de miedo y mucha gente se nos empezó a sumar durante este proceso que ya lleva más de dos años. Y ahora, cuando se habla de la aprobación de la minería, la situación empieza a cambiar porque la opinión de la gente que difiere del presidente se ha hecho presente. Y a pesar de las distintas cortinas de humo que han intentado que se deje de hablar de la minería, la gente está respondiendo con un no a la minería generalizado».

Gustavo Duch
Revista SABC

La Gavella Colectiva Autogestionada

SERRANA CUIR

UN FESTIVAL POR LA DIVERSIDAD SEXUAL, AFECTIVA Y DE GÉNERO EN LA RURALIDAD

Una tarde aún veraniega nos reencontramos. Algunas de nosotros veníamos hacía poco del AgroCuir en Galicia. Muchas estábamos rehaciendo nuestros proyectos vitales en espacios rurales, con sueños de convivencia comunitaria. Estábamos allí, juntas de nuevo y expectantes por escuchar la propuesta.

Hacía tiempo que no coincidíamos *todes* y sentíamos la necesidad de volver a juntarnos, de retomar la actividad de aquello que, para muchas, había sido tanto un espacio de calidez como una escuela política. Éramos un grupo de personas que habíamos compartido años de militancia en Ingeniería Sin Fronteras València. Fue allí donde se sembraron las semillas que todavía permanecen como parte de nuestra esencia: la defensa del territorio, el agua, la energía, la economía solidaria y la lucha por la soberanía alimentaria. Tras años de mucha actividad, cansadas de los ritmos y la dependencia de las administraciones, aquel grupo de personitas dimos forma a La Gavella Colectiva Autogestionada. Hoy, escribiendo con las amigas de la *Revista Soberanía Alimentaria*, no queremos dejar de recordar aquellos primeros mercados agroecológicos en la UPV, el acompañamiento al grupo de consumo de Vera, y otras muchas acciones donde sus revistas acompañaban y daban color y sentido político a todo aquello.

«¿Y si hacemos un AgroCuir en el País Valencià?». Esta asamblea se alargó mucho. Muchos nervios, muchos sueños y también mucho miedo, pero allá que íbamos: a construir juntas lo que sería la primera edición del Serrana Cuir.

¿Por qué un festival sobre ruralidad y diversidad sexual y afectiva?

El festival Serrana Cuir nace con la voluntad de ser un acontecimiento comunitario que

reivindique y celebre la diversidad sexual, afectiva y de género en el entorno rural. Se inspira en la experiencia del Festival AgroCuir da Ulloa, un acontecimiento intergeneracional y abierto a todo el mundo que, desde el pueblo de Monterroso (Lugo), pone en el centro la lucha LGTBIQ+, el ecologismo, el feminismo y el respeto a la diversidad. Desde que el AgroCuir da Ulloa levantó el vuelo en 2012, otros colectivos han replicado esta propuesta en diferentes puntos de la geografía rural, generando una red de festivales con una misma esencia. Así han surgido iniciativas como el VeraCuir, en la comarca de Vera (Extremadura), o el CamerosCuir, que, a la vez que Serrana Cuir, empezaba a tomar forma en La Rioja.

Muchas de las personas que formamos parte de La Gavella vivimos en pueblos de la Serranía, y algunas trabajamos allí. Algunas de nosotras, años atrás, sentimos la necesidad de huir a la ciudad para encontrar personas afines y espacios donde poder ser como somos. Pero también hemos sufrido en la propia piel las violencias que la urbanidad capitalista ejerce sobre nuestros cuerpos, nuestros ritmos y nuestros proyectos de vida. Como personas *queers*, vemos la necesidad de generar espacios amables, respetuosos y diversos en los lugares que habitamos o queremos habitar, además de crear espacios culturales donde celebrar que la ruralidad es diversa. Esto es, también, un acto de memoria y puesta en valor de todas aquellas personas que han luchado por los derechos que hoy podemos disfrutar, así como un

Concierto vermut con Raquel Cruces en el área recreativa Molino Puerto de Chelva.
Foto: Raquel Fontanal



compromiso con todo lo que todavía nos queda por reivindicar. Además, es una responsabilidad colectiva hacia las nuevas generaciones, que continúan sufriendo rechazo en casa, en las escuelas, en los puestos de trabajo o en la calle por el simple hecho de no encajar en la norma cisheteropatriarcal y monógama.

Desde el principio, lo tuvimos claro: apostamos por crear un festival abierto, gratuito y autogestionado destinado a todas las personas del pueblo, otros pueblos de la Serranía y para cualquier persona que habite entornos rurales o urbanos y se sienta identificada con los valores que pretendemos promover desde el festival. El Serrana Cuir quiere ofrecer un espacio de encuentro, celebración, diálogo y reflexión sobre la diversidad sexual, afectiva y de género en entornos rurales.

Apostamos por Chelva como lugar de acogida del festival Serrana Cuir principalmente porque es el pueblo donde algunas de nosotras vivimos o trabajamos, y porque, en primeras conversaciones con amigas chelvanas, sabíamos que podríamos contar con el apoyo del ayuntamiento y del pueblo, en general. Por otro lado, sabíamos que Chelva sería el escenario ideal por su belleza: un entorno natural, sociocultural y político inigualable para

acoger este tipo de actividades, con varias organizaciones afines y amigas que también trabajan con un enfoque de sostenibilidad, fomento de la igualdad y la justicia social en el pueblo.

Además del festival, que tuvo lugar el segundo fin de semana de junio, organizamos otras actividades a lo largo del año. Participamos en algunos programas de radio y revistas, así como en acontecimientos de colectivos afines, como la Feria Feminista o el cumpleaños del CSOA l'Horta. También presentamos el festival en la plaza Mayor de Chelva con una charla y un taller para la chavalería.

Primera edición: balance y aprendizajes

El Serrana Cuir tuvo una gran acogida en la comarca y en el pueblo, pero también contamos con muchas personas de otros territorios de fuera del País Valencià y un gran número de personas venidas de València. Nuestro objetivo en esta primera edición era dar forma a una propuesta tan ambiciosa como un festival autogestionado no urbano, un «orgullo rural» que, de alguna manera, representara también la propuesta cultural del pueblo, más allá de las acciones concretas del mes del Orgullo.

Una de nuestras líneas rojas era defender la soberanía alimentaria y trabajar con productoras de la Serranía.

En nuestro caso, contábamos con el apoyo total del Ayuntamiento de Chelva y algunos colectivos del pueblo y la comarca. Por ejemplo, las mujeres tejedoras se encargaron de engalanar todo el pueblo con banderines del Orgullo. También tuvimos la colaboración de tiendas y bares locales, que nos apoyaron con la comunicación, publicidad o cediendo espacios. Una asociación de productoras agroecológicas locales que pertenecen a la SPG Ecollaures, así como a otras iniciativas vinculadas a este sistema de garantía participativa, produjeron la mayor parte de las verduras que utilizamos al festival: productos locales, de temporada y soberanos. Esta era una de nuestras líneas rojas: defender, en lo posible, la soberanía alimentaria y trabajar con productoras y tiendas de la Serranía.

En cuanto al apoyo económico, SerranaCuir ha sido siempre una experiencia autogestionada que ha contado principalmente con el apoyo solidario de las Amiguis y Reinonis Serrana, las diversas formas que planteamos para apoyar la autogestión del festival. Esta campaña de mecenazgo colectivo fue un éxito, aunque los gastos que había que cubrir, al final, también eran muchos. Además, contamos con el *merchandising* chulísimo y los ingresos propios del festival principalmente a través de la barra. El Ayuntamiento de Chelva asumió algunos gastos de infraestructura, y el pueblo nos ha dejado todo el material que usan las cuadrillas festeras cada año. Chelva ha abierto las puertas al festival y sus calles, plazas y lugares más representativos han sido parte de dos días inolvidables en la Serranía.

El Serrana Cuir se planteó como un festival de dos días, donde cupo todo tipo de actividades para todos los públicos. Para nosotros es muy importante que el festival llegue y conmueva a la mayor

cantidad posible de personas, por eso intentamos organizar un gran abanico de actividades adaptadas a toda clase de público.

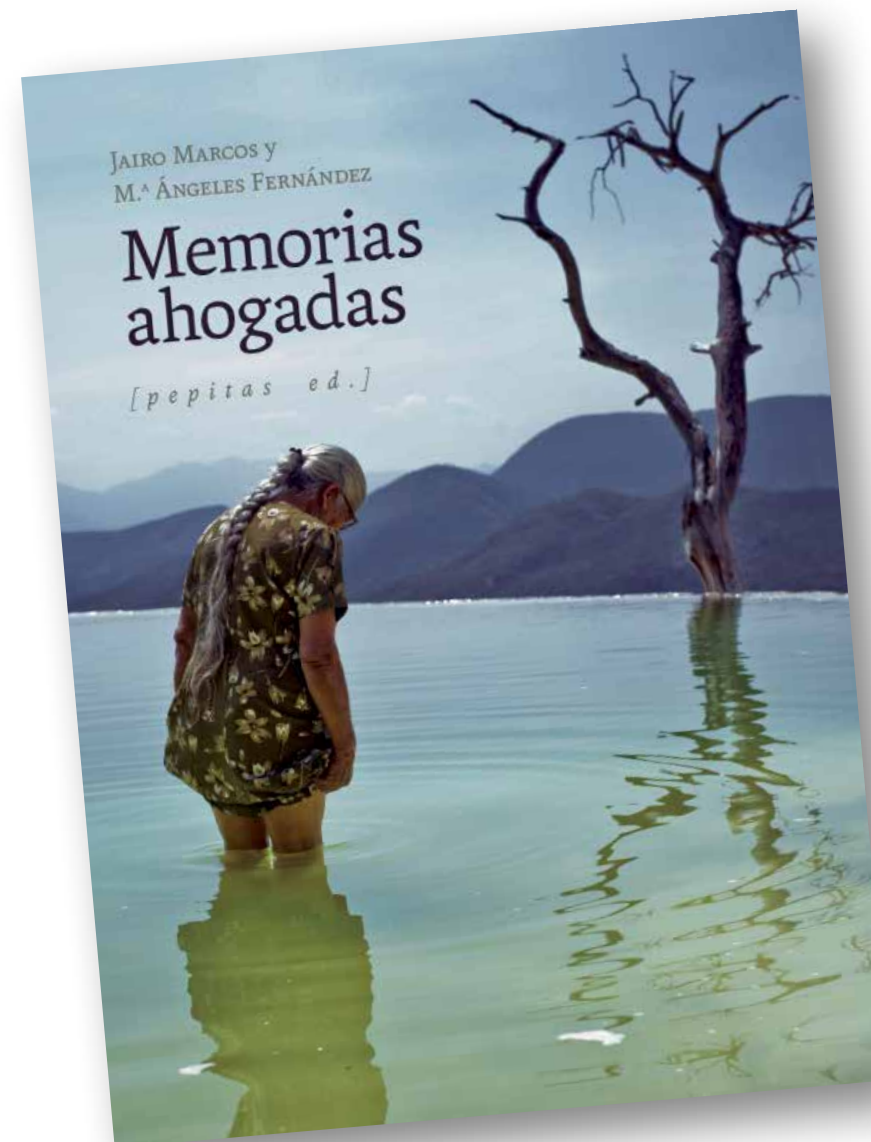
Lazos con el pueblo y momentos especiales

El festival ha sido un espacio donde empezar a tejer redes con colectivos LGTBIQ+ alrededor de la comarca de la Serranía, pero también más allá, en otros territorios del País Valencià y zonas próximas. De hecho, el noviembre pasado, organizamos un *aplec* (encuentro) con colectivas LGTBIQ+ rurales del País Valencià y de territorios próximos, con el fin de conocernos en persona, juntarnos, celebrarnos y compartir nuestras líneas de trabajo, con la idea de poder colaborar más adelante. El primer Encuentro de Iniciativas Cuir Rurales fue un espacio mágico, con mucha conexión desde el principio entre todes. Además, el Encuentro ha sido una herramienta para romper con la idea de hostilidad del mundo rural hacia los colectivos LGTBIQ+, ya que en Chelva han sido muchas las personas y los colectivos que se han implicado en el proceso.

Echando la vista atrás, organizar y hacer posible la primera edición del Serrana Cuir ha sido un viaje que recordaremos para siempre. Un proceso con muchas, muchas risas, pero también con lagrimitas de vez en cuando. Personitas voluntarias que han tenido que hacer de gestoras culturales, de camareras, de técnicas de luz, de comunicadoras e *influencers*, de gestoras de conflictos y dinamizadoras de saraos. Desde dentro ha sido muy, muy intenso, pero las palabras de amor y cariño durante y después del festival nos dejan con el corazón lleno y con muchas energías para continuar. También con muchos aprendizajes y cosas por mejorar.

Ahora podemos decirlo: es posible crear espacios amables, que vivan orgullosamente la ruralidad y la diversidad y que bailen desde el folclore, cuidando los saberes populares y fusionándolos con nuevos ritmos y brilli-brilli. Además, podemos decir que es posible hacerlo de manera autogestionada, acompañadas y abrazadas por tantas colectivas y amiguis que nos hacen fuertes, que nos apoyan y que entienden y abrazan SerranaCuir como una propuesta de ternura política. ¿Nos vemos en la segunda edición? 😊 ●

La Gavella
Colectiva Autogestionada
@la_gavella_



RESEÑA DE MEMORIAS AHOGADAS DE JAIRO MARCOS Y M.ª ÁNGELES FERNÁNDEZ PEPITAS DE CALABAZA (2024)

Memorias ahogadas deviene una ventana hacia los costes sociales de un modelo de gestión del agua y la indiferencia que hasta ahora se ha mostrado hacia los desarraigos y las violencias sobre las que se ha sustentado. De este modo, el libro nos aporta un cambio radical en la aproximación al análisis y los efectos del «paradigma hidráulico». Nos aproxima a este marco hegemónico basado en la dominación integral de las vidas (humanas y no humanas) y la obsesión por el control del espacio y del agua como algo enajenado y maleable. Supone una oportunidad para ver de forma nítida la relación entre el modelo de gestión del agua y el modelo de sociedad.

Esto se consigue a través de un estilo narrativo, emotivo, delicado y cercano por medio de

las historias de vida, que se van completando de manera sutil con las informaciones documentadas y teóricas. Para hacerlo, los autores van entretejiendo sus múltiples capas y temas, tales como el papel del contexto político, la epistemología de la modernidad acerca de lo que se considera vida digna y lo que no o la visión jerárquica del mundo.

La historia de un país a través del agua

El libro nos acerca a distintos temas para la reflexión. La obsesión por el reto tecnológico y la falta de valor de la existencia de los habitantes en los espacios de intervención sin ver los efectos sobre su vida y su cuerpo, por parte de los ingenieros y de los aparatos del Estado. Estas élites trabajaban desde la hipótesis de que son vidas

Edurne Bagué

UN MODELO QUE ATRAVIESA VIDAS

Lo que se ahogó

En el siglo XIX se gestó y planificó gran parte de las políticas de gestión del agua. Todo ello supuso un cambio en la fisonomía de los paisajes, pero también de los ciclos vitales y de los ecosistemas, de los que formaban parte las comunidades de personas (pueblos, asentamientos), con sistemas de organización, política, económica y social arraigada a esas aguas. De esas relaciones de interdependencia surgían los paisajes vivos y vividos. No de postal, como una foto fija, sino dinámicos, articulados por complejos sistemas de relaciones, mundos e imaginarios compartidos; es decir, vínculos y emociones. Memorias, lugares de recuerdo, lugares sagrados, lugares emblemáticos, lugares simbólicos, en las laderas, en las cuevas de los ríos y en los flujos de agua.

que no tienen un especial valor y que pueden ser sacrificadas de distintas maneras. Era más importante el reto tecnológico y el ejercicio del control y la dominación sobre unas masas de agua que debían ir donde estas élites creían, a cualquier precio. Es lo que hoy conocemos como «externalización de costes» o «zonas de sacrificio», obsesión que se explica por el acento puesto en la esfera de la producción: agua para alimentar el motor del desarrollo económico estatal, desde el que se desdibujan las vidas y los ecosistemas particulares, que alimentan una parte importante de las esferas de reproducción.

Esto nos lleva a los procesos de desposesión y empobrecimiento asociados, tanto tangibles como intangibles. La parte tangible la vemos en la pérdida de las casas, las tierras y el patrimonio (herramientas de una base económica de subsistencia de las familias). No son pocos los testimonios que resaltan que se pagó poco, tarde y mal. La obligación de volver a empezar en otro lugar desde muy abajo, con inconvenientes como la búsqueda de trabajo, la generación de nuevas redes y comunidades, la adaptación a otros imaginarios, sistemas de valores y formas de relación social expresada por distintos testimonios, que también nos hablan de los niveles de soledad y tristeza que quedan incrustados de forma profunda. En lo intangible se sitúa la pérdida de la comunidad y las redes de apoyo mutuo y vecinales. Esto es el aislamiento, el extrañamiento o la sensación de desarraigo y pérdida de las raíces y los orígenes.

Los efectos de estas desposesiones perduran en el tiempo y se traducen en múltiples estrategias para no perder la memoria de las raíces y el lugar de pertenencia, aunque ese lugar ahora «no exista» oficialmente, persiste la necesidad de volver a él de forma reiterada. Aunque esté bajo el agua, no ha dejado de ser «el lugar de

pertenencia», como nos cuenta el libro, para encontrarse nuevamente y recordarse.

Finalmente, el tributo a la memoria histórica aflora en el libro cuando aborda la dureza de las condiciones de quienes hicieron posible que esos muros fueran reales a partir de la vulneración de derechos humanos y esclavitud política. La práctica institucional de violencia sobre los cuerpos durante la posguerra, cuando se condenaba a los vencidos a trabajos forzados, en invierno, casi sin poder dormir ni comer, con apenas ropa y calzado para el frío. Muchos morían fruto de estos abusos y del ejercicio de esta violencia. Un tema aun hoy en día tabú y poco explorado.

¿Qué nos aporta en el momento actual un libro como este?

Sin pretenderlo, el libro nos ofrece los testimonios para un análisis ecofeminista, porque salta a la vista la conexión entre las distintas dimensiones de la dominación: dominación de los cuerpos de agua, que pasa por la dominación sobre la vida de las personas, pero también sobre sus cuerpos. Esto se muestra de manera evidente en el caso del uso esclavista de los presos políticos después de la Guerra Civil, cuerpos obligados a trabajar hasta morir del cansancio debido a la explotación.

En conclusión, se trata de una obra que puede ser de referencia a partir de ahora y debiera ser de obligada lectura. Es un ejercicio de enorme complejidad técnica que logra transmitir de forma sencilla y sensible temas complejos y espinosos, y sacar a la luz una parte oscura de los costes sociales y humanos de los modelos basados en la dominación del agua y las personas.

Eduarne Bagué

Doctora en Antropología Social y Cultural,
especialización en Agua, Sociedad y Cultura

LA FUENTE *Un lugar de encuentro para pobladoras*

Presentación de las organizaciones que conforman esta revista

Colectivo Memoria Viva de los Pueblos

Somos un movimiento popular de carácter campesino y libertario que se asienta en el Valle de Valdivieso (comarca de las Merindades, norte de la provincia de Burgos), con una visión internacionalista. Trabajamos en varias líneas de acción con el objetivo principal de construir PODER POPULAR:

- Producción de legumbres, trigo y forraje, además de alimentos transformados, como zumos y pizzas. También tenemos un rebaño de ovejas y caballos losinos para la recuperación de esta raza autóctona.
- Defensa del territorio a través de la soberanía alimentaria y la investigación y recuperación de nuestros saberes comunitarios y nuestra historia y memoria.
- Economía social y comunal.
- Formación política y humanista para transformarnos y aprender a analizar el mundo de manera crítica y entender cómo convivir con la naturaleza y otras culturas.
- Construcción de cultura de paz y defensa de derechos humanos.
- Descolonización de la memoria.

Escuela de los pueblos Josefa Martín Luengo

Una herramienta social contra la indiferencia



Josefa Martín Luengo, Pepita, fue una educadora anarquista y feminista nacida en 1944 en Salamanca, cofundadora de la escuela libre Paideia (1978), un referente de la pedagogía libertaria. Hemos puesto su nombre a un proyecto que queremos hacer realidad de forma colectiva.

La Escuela de los Pueblos tiene dos objetivos principales: la formación de promotores de vida que favorezcan la revitalización y defensa de nuestros territorios, y la creación de un espacio de formación para los movimientos sociales que fortalezca los lazos entre los entornos rurales y urbanos.

Vamos a dar vida a una casa solariega del siglo XVI en Quecedo de Valdivielso (Burgos), donde habrá espacio para aulas, talleres, banco de semillas, habitaciones, un centro sociocultural, una

escuela infantil, comedor... El equipo docente de la escuela está conformado por pastoras, agricultoras y artesanas, complementadas por profesoras universitarias, divulgadoras y pedagogas. Su objetivo es fomentar experiencias de vida alternativas que fortalezcan el sentido de comunidad y la toma de decisiones colectivas, promoviendo una relación armoniosa con la tierra, el agua y los bienes naturales.

El proyecto está impulsado por el movimiento popular Colectivo Memoria Viva de los Pueblos con el apoyo de Revista Soberanía Alimentaria, Biela y Tierra y la Universidad Rural del Cerrato, junto a una red que cuenta ya con más medio centenar de colectivos y entidades de todo el Estado español.

Puedes encontrar más información en la web de la campaña, donde además verás las diferentes formas de colaborar y ser parte de la escuela. ¡Muchas gracias por ayudarnos a difundir este proyecto y hacer que la escuela sea pronto realidad!

¡Globalicemos la lucha, globalicemos la esperanza!



PALABRA DE CAMPO

SEMILLAS DE RESISTENCIA CAMPESINA

En las cosmovisiones campesinas, de la importancia de los bienes comunes y de su respeto depende la sostenibilidad de los ecosistemas. En Palestina estos comunales reciben el nombre de *musha'a* y, más que un manejo del territorio, son una forma de vida y de estar en el mundo aferrándose a lo que han mantenido intacto, que las palestinas transmiten de generación en generación, su tesoro. Una cultura del común, esa llave que portaron las ancestras en la Nakba con la esperanza de volver algún día a sus hogares, abre la puerta al corazón de Palestina y nos enseña su riqueza.

Ni todos los años de expulsión, colonización, intifadas y *apartheid* han conseguido robar lo que está muy dentro y forma parte de su identidad como pueblo: la enseñanza de cuidar y transmitir la cultura, sus costumbres, la forma de relacionarse, de entenderse parte de un lugar y de saber, con certeza, que la fuerza está en el colectivo.

Esta es la historia de un viaje, el de una delegación internacional organizada por La Vía Campesina con la Unión de Comités Campesinos (UAWC, por sus siglas en inglés) como organización anfitriona y de cómo este sentir comunitario está presente en todos los lugares que visitamos; en cada campesina que resiste en su aldea.

La estrategia de colonización sitúa a las zonas rurales y las tierras agrícolas en zona C, de total control militar por parte de Israel. Esta condición trae consigo el apoyo a colonos que ubican sus asentamientos en las partes altas, roban el agua, sus tierras fértiles, bloquean el paso a los campos, cortan olivares y atacan en la noche las casas, lo que hace muy difícil la vida en las aldeas. Con todo, el peso de la dignidad sigue siendo más fuerte que el miedo, seguirán en sus tierras.

Nuevas cooperativas de jóvenes están asentándose en los pueblos y emprendiendo proyectos agrícolas. Entre sus objetivos está aprender de sus

mayores el manejo de la tierra, defender la superficie fértil o investigar nuevos recursos hídricos.

Bas Baladí es la tienda de productos campesinos en Ramala impulsada por la UAWC, en ella podemos encontrar más de un centenar de productos diferentes, orgánicos y sin presencia de químicos. La tienda apoya especialmente a cooperativas de mujeres para que exista un punto de venta de producto local en la capital.

El banco de semillas de la UAWC, situado en sus oficinas en Hebrón, es un ejemplo del amor que las palestinas ponen en lo que hacen. Un bordado a mano con el logotipo cuelga de la puerta, cada detalle está cuidado. Allí se reciben las semillas, se limpian, se comprueba su poder germinativo y se guardan para su envasado. La complicada situación política ha hecho que se extremen las medidas de seguridad para preservar las semillas a buen recaudo, estas pequeñas cápsulas de información genética que contienen en su interior la historia del pueblo palestino.

El mundo está perdiendo un conocimiento que no recuperará jamás. Preservar las formas de vida campesinas, defender su legado como el saber máspreciado que la humanidad tiene para la continuidad de la vida en el planeta es un acto de justicia epistémica. ●

Dora Cabaleiro

*Labrega, representante del
Sindicato Labrego Galego*

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Solo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista, accede a ofertas y participa en las asambleas del proyecto



¡REGALA LA REVISTA!

Puedes regalarnos a quien tú quieras Recibirá las revistas en su domicilio y una tarjeta de regalo con tu mensaje 35 €

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web:
www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

SER•TERRA • LURRA•IZAN • SER•TIERRA

Camisetas y sudaderas
ilustradas por
Iria Fafián
y serigrafadas a mano
en la **Cooperativa Cendra**

- Algodón orgánico
- Disponibles en diferentes lenguas
- Pedidos bajo encargo



Visita la web para ver todos los modelos, colores y precios.

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y cultivos



www.soberaniaalimentaria.info/tienda



